CLÁSICOS DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA • EDICIÓN ILUSTRADA

La vida de san Martín

De vita beati Martini

Sulpicio Severo



Edición completa en español contemporáneo, con contexto histórico del narrador y 14 ilustraciones

Índice

Introducción Nota inicial del narrador: el hombre detrás de la leyenda 5

Carta dedicatoria Carta del autor a su amigo Desiderio sobre la vida de san Martín 7

Capítulo I Por qué una vida santa vale más que la fama de Héctor o de Sócrates 9

Capítulo II De Panonia a Italia: el niño que se escapó a la iglesia y fue llevado al ejército encadenado 11

Capítulo III La capa cortada en dos a las puertas de Amiens y la visión de Cristo 15

Capítulo IV Cara a cara con Juliano en Worms: «Soy soldado de Cristo; no puedo combatir» 18

Capítulo V San Hilario de Poitiers, el oficio de exorcista y la emboscada de los ladrones en los Alpes 21

Capítulo VI El encuentro con el Diablo en el camino, los azotes en público y el veneno en la isla Gallinara 23

Capítulo VII El monasterio de Ligugé y el primer milagro: el catecúmeno que volvió a la vida 25

Capítulo VIII El joven esclavo de Lupicino salvado de la muerte 28

Capítulo IX El «secuestro» para hacerlo obispo de Tours y la humillación del obispo Defensor 29

Capítulo X El obispo que vivía en una cabaña de madera: la fundación de Marmoutier 32

Capítulo XI El falso mártir desenmascarado: el espíritu del criminal junto al altar 34

Capítulo XII El funeral pagano paralizado en medio del campo 36

Capítulo XIII El desafío del pino sagrado: atado bajo el árbol que cae 38

Capítulo XIV El fuego que retrocedió contra el viento y los dos ángeles armados en Levroux 41

Capítulo XV El cuello desnudo ante la espada en la tierra de los eduos 43

Capítulo XVI La muchacha paralítica curada en Tréveris con aceite bendecido 44

Capítulo XVII El antiguo procónsul Tetradio y los dedos de Martín en la boca de un poseído 46

Capítulo XVIII El falso rumor de la invasión bárbara, el beso al leproso en París y los hilos de la túnica 48

Capítulo XIX La carta que curó a la hija de Arborio, los ojos de Paulino de Nola y la caída por las escaleras 50

Capítulo XX El banquete del emperador Magno Máximo: la copa pasada al sacerdote antes que al emperador 52

Capítulo XXI Las conversaciones con los ángeles y el Diablo con el cuerno de buey cubierto de sangre 56

Capítulo XXII Los disfraces de Júpiter, Mercurio y Venus, y la promesa de perdón al mismo Diablo 57

Capítulo XXIII La historia de Claro, el falso profeta Anatolio y la túnica que se desvaneció en el aire 59

Capítulo XXIV Los falsos Cristos en Hispania y el Diablo vestido de emperador: «No reconoceré a Cristo sin las marcas de la Cruz» 62

Capítulo XXV La visita del autor a san Martín: el obispo que le lavó los pies a su biógrafo 65

Capítulo XXVI El retrato interior: el yunque del herrero y su paciencia con sus propios sacerdotes 68

Capítulo XXVII Conclusión: un rostro luminoso y la respuesta a los obispos envidiosos 70

Epílogo del narrador Lo que pasó después: la muerte de san Martín y el origen del 11 de noviembre 71

Sobre esta edición 74

INTRODUCCIÓN

Nota inicial del narrador: el hombre detrás de la leyenda

En buena parte de Europa, basta con que llegue el 11 de noviembre para que el nombre de san Martín vuelva a las conversaciones de todos los días, y con él el olor de las castañas asadas, el vino nuevo, las procesiones de farolillos y esos días suaves y soleados, fuera de temporada, que tantos pueblos llaman «veranillo de San Martín». Casi todo el mundo conoce la imagen del joven soldado romano a caballo que, en un día helado de invierno, cortó su capa en dos con la espada para abrigar a un mendigo que tiritaba de frío.

Lo que pocos saben es que san Martín de Tours (c. 316/336 – 397 d. C.) no es una figura borrosa salida de una leyenda medieval. Al contrario: es una de las personalidades mejor documentadas del Imperio romano tardío. Su biografía —*La vida de san Martín* (*De vita beati Martini*)— se escribió cuando él aún vivía, y la escribió un hombre que lo conoció en persona, comió a su mesa y conversó largamente con él: **Sulpicio Severo**.

Sulpicio Severo (c. 363 – c. 425) era un abogado brillante, un orador de renombre y un aristócrata de Aquitania, en el suroeste de la actual Francia. Cuando decidió escribir este libro, hacia el año 396, el Imperio romano de Occidente atravesaba un cambio profundo. El cristianismo había dejado de ser una religión perseguida y se había convertido en la fe oficial de los emperadores; en las ciudades se multiplicaban los obispos influyentes, vestidos de seda y acostumbrados a cenar en la corte, mientras que en las aldeas del campo (*pagi*) la población rural seguía venerando árboles sagrados y a los viejos dioses celtorromanos.



Mapa histórico: el mundo de san Martín en el siglo IV, desde su lugar de nacimiento en Sabaria (Panonia) y su juventud militar en Ticinum, Amiens y Worms, hasta los monasterios de Ligugé y Marmoutier y la diócesis de Tours.

En medio de aquel mundo en transformación, Martín era un verdadero escándalo para las élites: un antiguo oficial de la guardia imperial que se negó a combatir, cara a cara con el futuro emperador Juliano; al que el pueblo engañó para llevárselo y hacerlo obispo de Tours, y que aun así jamás aceptó vivir en un palacio episcopal, pues prefería una cabaña de madera y una áspera túnica de pelo de camello. Fue un hombre que besó a leprosos a las puertas de París, plantó cara a emperadores en Tréveris, desenmascaró a charlatanes y llegó a escandalizar a los teólogos más estrictos al decir que hasta el mismísimo Diablo sería perdonado por Dios si fuera capaz de arrepentirse.

En esta edición, el texto completo de Sulpicio Severo se ha reescrito en un **español claro, natural y contemporáneo**, conservando fielmente cada episodio y cada detalle del original latino. Al final de cada capítulo me uno a ti como narrador para explicar las costumbres militares romanas, la geografía de la época, el trasfondo político y la

cultura del siglo IV: detalles que eran evidentes para los lectores del tiempo de Sulpicio, pero que hoy nos ayudan enormemente a captar la fuerza extraordinaria de esta historia.

CARTA DEDICATORIA

Carta del autor a su amigo Desiderio sobre la vida de san Martín

Severo saluda con afecto a su querido hermano Desiderio.

Hermano mío y gran amigo: yo había decidido guardar en un cajón, encerrado entre las cuatro paredes de mi casa, este librito que escribí sobre la vida de san Martín. Como soy inseguro por naturaleza, quería ahorrarme las críticas de la gente. Temía —y sigo pensando que eso es lo que va a pasar— que mi escritura sin pulir desagradara a los lectores y que todos me reprocharan el atrevimiento de haber abordado un tema que merecía escritores de muy distinto talento. Pero insististe tanto que no fui capaz de decirte que no. Al fin y al cabo, ¿qué no haría yo por nuestra amistad, aun a riesgo de mi reputación?

Así que te he entregado este librito, confiando en tu promesa de que no se lo enseñarás a nadie más. Aun así, te confieso mi temor de que seas tú quien le abra la puerta al mundo; y una vez que haya salido, ya no habrá manera de hacerlo volver.

Si eso ocurre y ves que algunos empiezan a leerlo, pídeles, por favor, que den más importancia a los hechos que al estilo, y que tengan paciencia si alguna frase menos elegante les hiere el oído; al fin y al cabo, el Reino de Dios no se apoya en el arte de hablar bien, sino en la fe. Que recuerden también que la salvación del mundo no la anunciaron grandes oradores, sino pescadores, aunque Dios, si hubiera creído que servía de algo, habría podido hacerlo perfectamente también por medio de oradores.

La verdad es que, cuando decidí ponerme manos a la obra, convencido de que sería imperdonable dejar caer en el olvido las cualidades de un hombre tan extraordinario, me prometí a mí mismo no avergonzarme si se me escapaba algún error gramatical. Nunca fui un gran experto en el arte de las letras y, hasta lo poco que estudié en su día, lo he olvidado por falta de práctica después de tantos años.

Aun así, para ahorrarme la molestia de tener que justificarme, si de verdad quieres publicar el libro, borra mi nombre. Basta con raspar la firma de la primera hoja para que la página se quede muda; o mejor dicho, y esto es lo único que importa: que el libro hable solo de la historia que cuenta y calle el nombre de quien la escribió.

> **Contexto del narrador: la falsa modestia de un gran abogado y los libros «raspados»**
>
> ¡No nos dejemos engañar por la modestia literaria de Sulpicio Severo! Cuando se disculpa por su «escritura sin pulir» y por los posibles «errores gramaticales» (*soloecismi*), está usando una técnica clásica de la oratoria romana llamada *captatio benevolentiae*: el arte de ganarse la simpatía del lector fingiendo humildad. En realidad, Sulpicio fue uno de los juristas y autores más cultos de la Galia romana, hasta el punto de que los humanistas del Renacimiento lo llamaron el «Salustio cristiano» por la calidad de su latín.
>
> Había, sin embargo, un debate muy real detrás de estas palabras: a finales del siglo IV, la élite romana formada en las escuelas clásicas miraba por encima del hombro los textos de la Biblia porque estaban escritos en un latín sencillo y directo, muy lejos de la prosa sofisticada de Cicerón. Al recordar que el Evangelio no lo anunciaron «grandes oradores, sino pescadores», Sulpicio sostiene que la verdad histórica y espiritual vale mucho más que el brillo literario.
>
> Fíjate también en el detalle práctico con que se cierra la carta: *«basta con raspar la firma de la primera hoja»* (*titulum fronti erade*). En la Antigüedad tardía todavía no existía la imprenta; publicar un libro significaba enviar un manuscrito en pergamino a un amigo bien relacionado —aquí Desiderio, otro aristócrata cristiano de Aquitania— para que los copistas de su casa hicieran

nuevas copias. Como el pergamino (piel de animal tratada) era caro y muy resistente, borrar el nombre del autor se hacía literalmente raspando la tinta seca con una cuchilla o con piedra pómez. Por supuesto, Desiderio no raspó ningún nombre: difundió el libro por todas partes, ¡y la obra se convirtió en el primer gran superventas de la literatura cristiana de Occidente!

CAPÍTULO I

Por qué una vida santa vale más que la fama de Héctor o de Sócrates

Muchas personas, obsesionadas con los estudios mundanos y con el deseo de prestigio, se convencieron de que podían inmortalizar su propio nombre escribiendo la biografía de personajes famosos. Es cierto que ese esfuerzo no les dio la eternidad, pero sí les trajo un poco de lo que buscaban: por un lado, dejaron su nombre en la memoria del mundo, por poco que eso valga; por otro, al contar la vida de hombres notables, despertaron en sus lectores un gran deseo de seguir esos ejemplos. Solo que nada de esto servía para alcanzar la vida verdaderamente feliz y eterna.

¿De qué les sirvió, al final, la fama de sus libros, condenada como está a desaparecer junto con este mundo? ¿Y qué ganaron las generaciones posteriores con leer sobre las batallas de Héctor o las discusiones filosóficas de Sócrates? Querer imitarlos ya es bastante insensato; no oponerse con firmeza a esas ideas es pura locura. Como medían la vida humana solo por lo que se hace aquí en la tierra, pusieron su esperanza en leyendas y entregaron su alma al sepulcro. Creían que bastaba con sobrevivir en la memoria de la gente, cuando la verdadera meta de un ser humano debería ser buscar la vida eterna, no la fama eterna: algo

que no se conquista escribiendo, haciendo la guerra o filosofando, sino viviendo con rectitud, bondad y fidelidad a Dios.

Ese error, transmitido de generación en generación a través de los libros, fue tan poderoso que llevó a muchísimas personas a imitar unas veces aquella filosofía vacía y otras aquel falso ideal de valentía guerrera. Por eso mismo creo que vale mucho la pena escribir la biografía de un hombre verdaderamente santo, que pueda servir de inspiración a otros en el futuro. Quién sabe si, al leerla, muchos no se sentirán llamados a la verdadera sabiduría, al servicio de Dios y a una vida recta. Y al hacerlo pienso también en mi propio bien: no espero hacerme famoso entre los hombres, sino recibir de Dios una recompensa duradera. Porque, aunque yo mismo no haya logrado vivir de manera que pueda servir de ejemplo, al menos he hecho lo que estaba en mi mano para dar a conocer a alguien que sí merece de verdad ser imitado.

Empezaré, pues, a contar la vida de san Martín, mostrando quién fue tanto antes de ser obispo como después de hacerse cargo de su diócesis. Por supuesto, no he conseguido averiguar todo lo que hizo: los episodios de los que solo él fue testigo siguen siendo un secreto, porque Martín nunca buscó elogios y, si de él solo hubiera dependido, habría preferido ocultar todas sus buenas obras. De hecho, incluso de lo que sí llegó a mis oídos he dejado fuera muchas cosas, pues me pareció suficiente escoger los momentos más destacados, entre otras razones para no cansar al lector con demasiados casos. A los lectores solo les pido que confíen en lo que aquí está escrito y que tengan la seguridad de que no he puesto nada sobre el papel sin haberlo comprobado antes con mucho cuidado. Si hubiera tenido alguna duda, habría preferido callar antes que contar mentiras.

Contexto del narrador: Héctor, Sócrates y la invención de un nuevo modelo de héroe

En este capítulo inicial, Sulpicio Severo se dirige directamente al público culto del Imperio romano. En la escuela romana del siglo IV, toda la educación giraba en torno a dos grandes puntos de referencia: la epopeya guerrera de Homero —representada por **Héctor**, el héroe troyano de la *Ilíada*— y la tradición filosófica griega, representada por **Sócrates**.

Al contraponerlos a Martín, Sulpicio pone en marcha una pequeña revolución cultural: propone sustituir al héroe de guerra y al filósofo antiguo por un nuevo modelo humano, el del hombre de fe que se alista en la *coelestis militia*, el «servicio militar del Cielo». Fíjate también en el compromiso del final del capítulo: como antiguo abogado acostumbrado a probar hechos ante un tribunal, Sulpicio garantiza que solo ha incluido relatos recogidos de testigos presenciales dignos de confianza u oídos de labios del propio Martín.

CAPÍTULO II

De Panonia a Italia: el niño que se escapó a la iglesia y fue llevado al ejército encadenado

Martín nació en Sabaria, una ciudad de la provincia de Panonia, pero creció en Italia, en Ticinum. Su familia tenía una buena posición social para los criterios de la época, pero sus padres eran paganos. Su padre había empezado la vida militar como simple soldado y más tarde había ascendido hasta el grado de tribuno militar.

En su juventud, el propio Martín siguió la carrera de las armas: sirvió en la caballería de la guardia imperial durante el reinado del emperador Constancio y después bajo el mando del césar Juliano. No fue, sin embargo, por decisión propia: desde muy pequeño, aquel niño extraordinario no pensaba más que en servir a Dios. Tenía solo diez años cuando, en contra de la voluntad de sus padres, se escapó a una

iglesia y pidió que lo aceptaran como catecúmeno. Poco después, ya completamente volcado en las cosas de Dios de un modo sorprendente para su edad, a los doce años soñaba con irse a vivir como ermitaño al desierto, y lo habría hecho si no hubiera sido todavía tan joven y tan frágil. Aun así, con la mente puesta siempre en los monasterios o en la iglesia, ya de niño llevaba en el corazón lo que más tarde realizaría con tanta entrega.

Mientras tanto, los emperadores promulgaron un decreto que obligaba a los hijos de los veteranos a alistarse en el ejército. El propio padre de Martín —que no soportaba ver las inclinaciones religiosas de su hijo— lo denunció y lo entregó a las autoridades. Así fue como, con apenas quince años, Martín se vio arrestado, encadenado y obligado a prestar el juramento militar. Llevó consigo un solo esclavo para que lo atendiera, pero invirtió por completo los papeles habituales: era el amo quien servía al siervo. La mayoría de las veces era el propio Martín quien le quitaba las botas y se las limpiaba, y los dos se sentaban a comer juntos a la misma mesa, casi siempre con Martín sirviendo la comida.



En Ticinum (Pavía), el joven soldado Martín, con apenas quince años, pone patas arriba la jerarquía romana y se arrodilla en la tienda para quitarle y limpiarle las botas militares a su propio siervo.

Pasó casi tres años en el ejército antes de ser bautizado, pero siempre se mantuvo bien lejos de los vicios en los que suelen caer los soldados. Trataba a sus compañeros de armas con inmensa amabilidad y con una generosidad poco común, y tenía una paciencia y una humildad que parecían superar las fuerzas humanas. En cuanto a la sencillez con que vivía, ni siquiera hace falta elogiarla: llevaba una vida tan austera que, ya entonces, parecía más un monje que un soldado. Con esta manera de ser se ganó de tal modo a sus compañeros que todos sentían por él un respeto y un cariño enormes.

Aun sin haber recibido todavía el bautismo, en la práctica ya vivía como un verdadero cristiano por las obras que hacía: ayudaba a los que estaban en apuros, socorría a los más desdichados, daba de comer a los hambrientos y ropa a quienes no tenían qué ponerse. De su paga del ejército no se quedaba con nada más que lo necesario para comer cada

día; ya entonces se tomaba en serio las palabras del Evangelio y no se preocupaba por el mañana.

> **Contexto del narrador: tropas de élite, reclutamiento forzoso y el oficial que limpiaba las botas de su esclavo**
>
> Hay aquí varios detalles históricos fascinantes sobre el siglo IV:
>
> 1. **Geografía: Sabaria**, donde nació Martín (en el 316 según la cronología tradicional, o hacia el 336 según estudios más recientes), es la actual ciudad de Szombathely, en Hungría, que formaba parte de la provincia romana de Panonia. **Ticinum**, donde creció, es hoy **Pavía**, en el norte de Italia, por entonces una importante ciudad militar.
>
> 2. **El padre tribuno y la denuncia en casa:** El padre de Martín se había abierto camino en el ejército romano desde abajo: había empezado como soldado raso (*miles*) y había llegado al grado de **tribuno militar** (*tribunus militum*), un oficial superior con rango ecuestre y buenos ingresos. En el Imperio romano tardío, como nunca había hombres suficientes para defender las fronteras, el Estado creó leyes hereditarias que obligaban a los hijos de los veteranos a seguir la carrera de las armas. Para un viejo oficial pagano, devoto de los dioses de la guerra, ver que su hijo de 15 años quería ser monje cristiano era una deshonra inaceptable, ¡y por eso fue el propio padre quien lo entregó a los reclutadores para que se lo llevaran con grilletes!
>
> 3. **La guardia palatina (*scholares alae*):** Martín no fue a parar a una unidad de infantería corriente, sino a las *Scholae Palatinae*, la caballería de élite que formaba la escolta personal del emperador (**Constancio II**, hijo de Constantino) y del césar (**Juliano**). Eran tropas de prestigio, bien pagadas y con derecho a un sirviente personal.
>
> 4. **¿Qué era un «catecúmeno»?** En el siglo IV rara vez se bautizaba a los bebés. Quien quería hacerse cristiano entraba primero en el *catecumenado*: una etapa de varios años de preparación espiritual y de prueba moral.
>
> 5. **La inversión de papeles con el esclavo:** En la sociedad romana, quitar las pesadas botas militares (*caligae* o *calciamenta*) y rasparles el barro era la tarea más baja de un esclavo. Ver a un joven oficial de la guardia imperial limpiar las botas de su propio siervo y servirle a la mesa era algo completamente impensable para la mentalidad de la época.

CAPÍTULO III

La capa cortada en dos a las puertas de Amiens y la visión de Cristo

Una vez, en un momento en que ya no llevaba consigo más que sus armas y una sencilla capa militar, en pleno invierno, mucho más duro de lo habitual —con un frío tan intenso que mucha gente moría congelada en las calles—, Martín se encontró con un pobre completamente desnudo a las puertas de la ciudad de Amiens. El mendigo pedía a los que pasaban que se compadecieran de él, pero todos seguían de largo sin prestarle la menor atención. Aquel joven lleno de fe comprendió enseguida que, si nadie más acudía en ayuda del desdichado, era porque Dios lo había dejado a su cuidado.

Pero ¿qué podía hacer? No le quedaba más que la capa militar que llevaba puesta, porque todo lo demás lo había regalado a otros necesitados. Así que desenvainó la espada que llevaba a la cintura, cortó la capa exactamente por la mitad, le dio una mitad al pobre y volvió a echarse sobre los hombros el trozo que quedaba. A su alrededor, algunos de los que miraban la escena se echaron a reír, pues les parecía ridícula la figura de un soldado con media capa cortada; muchos otros, sin embargo, con más conciencia, sintieron una profunda vergüenza por no haber hecho nada parecido, cuando tenían medios de sobra para vestir a aquel hombre sin pasar frío ellos mismos.



A las puertas de Amiens, en un invierno helado, Martín corta en dos con la espada su capa blanca y escarlata de la guardia palatina para abrigar a un pobre desnudo en la nieve.

La noche siguiente, después de quedarse dormido, Martín vio en sueños a Cristo vestido con la misma mitad de la capa que le había dado al mendigo. Sintió que se le pedía que mirara con atención al Señor y que reconociera la prenda que había regalado. Enseguida oyó a Jesús decir con voz clara a la multitud de ángeles que lo rodeaba: «¡Martín, que todavía es solo un catecúmeno, me ha cubierto con esta capa!».

Fiel a las palabras que Él mismo había pronunciado en el Evangelio —*«Cada vez que lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron»*—, el Señor mostraba así que era Él mismo quien había sido abrigado en la persona de aquel pobre; y, para confirmar el valor de aquel gesto, quiso aparecer vestido precisamente con el trozo de tela que había recibido el mendigo. A pesar de esta visión, Martín no se llenó de vanidad. Al contrario: reconociendo en todo ello la bondad de Dios, en cuanto cumplió dieciocho años se apresuró a bautizarse. Aun así, no dejó el ejército de inmediato, porque

cedió a los ruegos insistentes de su tribuno, que era amigo íntimo y compañero de tienda suyo; pues este comandante le prometió que, en cuanto terminara su propio tiempo de servicio militar, él también dejaría la vida del mundo. Aferrado a esa promesa, Martín permaneció en el ejército casi dos años más después de su bautismo, aunque para entonces ya solo era soldado de nombre.

> 🎙️ **Contexto del narrador: la capa militar, el origen de la palabra «capilla» y el veranillo de San Martín**
>
> Acabamos de leer el episodio más famoso de la vida de san Martín, que tuvo lugar a las puertas de *Samarobriva Ambianorum* —la actual ciudad de **Amiens**, en el norte de Francia— durante un invierno helado de la década del 330 o del 350. Tres datos curiosos dan todavía más vida a esta escena:
>
> 1. **¿Por qué Martín cortó la capa por la mitad en lugar de darla entera?** En la guardia imperial romana, la capa militar blanca o escarlata (*chlamys*, a menudo forrada de piel de oveja en invierno) formaba parte del uniforme reglamentario: una mitad pertenecía al Estado romano y la otra la pagaba el soldado. Si un soldado se presentaba a la revista sin capa alguna, ¡lo castigaban por pérdida de equipo! Al cortarla por la mitad con la espada, Martín dio todo lo que era suyo y conservó la parte obligatoria, y quedó con un aspecto tan cómico (*truncatus habitu*) que los que pasaban se rieron.
>
> 2. **Cómo la media capa de Martín dio origen a las palabras «capilla» y «capellán»:** Siglos más tarde, esta media capa de san Martín (llamada en latín tardío *cappa*, «capa pequeña») se convirtió en la reliquia más preciada de los reyes francos, que incluso la llevaban consigo a la batalla. El pequeño santuario donde guardaban la *cappa* de san Martín pasó a llamarse *capella* («el lugar de la capa pequeña»), y los sacerdotes encargados de custodiarla eran los *capellani*. ¡Ese es el origen directo de las palabras **capilla** y **capellán**!
>
> 3. **¿Y el «veranillo de San Martín»?** Como puedes ver en el texto original de Sulpicio Severo, en el siglo IV todavía no existía la leyenda del sol que se abre paso entre las nubes en aquel momento. Esa tradición popular surgió siglos después, cuando la fiesta del funeral de san Martín (el **11 de noviembre**) vino a coincidir con el tiempo habitual de mediados de noviembre —una serie de

> días de sol tibio y cielo despejado antes del invierno—, uniendo para siempre el calor humano del gesto de la capa con el sol del otoño.

CAPÍTULO IV

Cara a cara con Juliano en Worms: «Soy soldado de Cristo; no puedo combatir»

Mientras tanto, los pueblos bárbaros invadieron la Galia. El césar Juliano reunió entonces a su ejército cerca de la ciudad de los vangiones y empezó a repartir entre los soldados una gratificación especial en dinero. Como era costumbre, se iba llamando a los hombres uno por uno por su nombre, hasta que le llegó el turno a Martín.

Comprendiendo que aquel era el momento oportuno para pedir la baja del ejército —entre otras cosas porque le parecía deshonesto aceptar el dinero sabiendo que no iba a entrar en combate—, Martín se dirigió directamente a Juliano: «Hasta hoy he estado a tu servicio; permíteme ahora servir a Dios. Que se quede con tu gratificación el que va a ir a la batalla; yo soy soldado de Cristo, no puedo combatir».



En Worms (356 d. C.), ante el tribunal militar y los cofres de oro del césar Juliano, Martín rechaza la gratificación de campaña: «Hasta hoy he estado a tu servicio; permíteme ahora servir a Dios. Soy soldado de Cristo, no puedo combatir».

Al oír esto, el tirano montó en cólera y le echó en cara que no quería dejar el ejército por fe, sino por miedo a la batalla fijada para el día siguiente. Martín, sin dejarse intimidar —es más, cada vez más firme ante aquellas amenazas—, le respondió: «Si crees que esto es cobardía y no fe, mañana me presentaré desarmado en primera fila, por delante de nuestras tropas; y en el nombre del Señor Jesús, sin escudo ni casco, protegido solo por la señal de la cruz, avanzaré sin miedo por en medio de las líneas enemigas».

Juliano mandó arrestarlo de inmediato, para obligarlo a cumplir su palabra al día siguiente, frente a los bárbaros y desarmado. Pero a primera hora de la mañana el enemigo envió emisarios a pedir la paz, rindiéndose sin condiciones y entregando todo lo que tenía.

A la vista de esto, ¿quién puede dudar de que la victoria se debió a Martín, a quien Dios libró así de ser arrojado desarmado a la primera

línea? Por supuesto que el Señor, en su bondad, habría podido perfectamente mantener sano y salvo a su soldado entre las espadas y las lanzas del enemigo; pero prefirió evitar la batalla misma, para que los ojos de Martín ni siquiera tuvieran que presenciar la muerte de otros hombres. Al fin y al cabo, ¿qué otra victoria iba a dar Cristo a su soldado sino esta: vencer al enemigo sin derramar una gota de sangre y sin que muriera nadie?

Contexto del narrador: la gratificación en oro, Juliano el Apóstata y uno de los primeros objetores de conciencia

Estamos en el año **356 d. C.**, en *Borbetomagus*, la ciudad del pueblo de los vangiones: la actual **Worms**, a orillas del río Rin, en Alemania. Tribus germánicas (alamanes y francos) habían cruzado el Rin y saqueado varias ciudades de la Galia.

Al frente de las tropas romanas está el **césar Juliano**, sobrino de Constantino, que pocos años después llegaría a ser emperador y pasaría a la historia como **Juliano el Apóstata** (361–363), por haber intentado restaurar el paganismo en el Imperio romano y quitar a los cristianos sus privilegios; por eso Sulpicio lo llama duramente «el tirano» (*tyrannus*).

Para medir el valor de Martín, conviene entender qué era esta gratificación militar (*donativum*): además de la paga normal (*stipendium*), en vísperas de una campaña importante el comandante entregaba en persona a cada soldado una generosa suma en monedas de oro. Aceptar el *donativum* equivalía a renovar el compromiso de honor de luchar hasta la muerte en la batalla que se avecinaba. Si Martín hubiera tomado el oro y luego se hubiera negado a empuñar la espada, lo habrían ejecutado por deserción y robo; al rechazar el dinero en público, con todo el ejército formado, desafió abiertamente la autoridad de Juliano, en uno de los casos más célebres de objeción de conciencia de la Antigüedad.

CAPÍTULO V

San Hilario de Poitiers, el oficio de exorcista y la emboscada de los ladrones en los Alpes

En cuanto dejó la vida militar, Martín fue a buscar a san Hilario, obispo de Poitiers, un hombre cuya fe y cuya sabiduría religiosa admiraba entonces todo el mundo, y se quedó con él una temporada. Hilario quería tenerlo cerca e incorporarlo al clero de la diócesis ordenándolo diácono. Pero Martín se negó una y otra vez, insistiendo en que no era digno de un cargo tan grande. Hilario, que era un hombre de enorme perspicacia, vio que solo había una manera de convencerlo: darle una función tan modesta que casi pareciera una degradación. Así que le propuso que fuera exorcista; y esta vez Martín aceptó, para no dar la impresión de que despreciaba el puesto por ser demasiado humilde.

Poco tiempo después, sintió en sueños el aviso de que debía ir a visitar su tierra y a sus padres, que seguían apegados al paganismo, para tratar de ayudarlos a llegar a la fe. Partió con el permiso de san Hilario, que solo lo dejó marchar después de arrancarle, con ruegos y lágrimas, la promesa de que volvería. Se cuenta que Martín emprendió el camino con el corazón encogido, advirtiendo a sus compañeros de que iba a encontrarse con muchas penalidades, cosa que el viaje confirmó enseguida.

Para empezar, mientras tomaba unos atajos solitarios en la travesía de los Alpes, cayó en una emboscada de bandidos. Uno de ellos llegó a levantar el hacha para partirle la cabeza, pero otro ladrón le detuvo el brazo en el último momento. Aun así, le ataron las manos a la espalda, le robaron lo que llevaba y lo dejaron a cargo de uno de los hombres de la banda. Este lo llevó a un lugar apartado y empezó a preguntarle quién era. Martín respondió que era cristiano. El ladrón le preguntó si tenía miedo. Con total calma, Martín le aseguró que nunca en su vida se había

sentido tan seguro, porque sabía que la protección de Dios nunca falla, sobre todo en los momentos de mayor peligro; y añadió que más bien sentía lástima por él, que, al andar metido en una vida de crímenes, se estaba apartando de la misericordia de Cristo.



En los desfiladeros de los Alpes, con las manos atadas a la espalda, Martín le habla serenamente del Evangelio al ladrón que lo vigila, hacha en mano, y acaba convirtiéndolo.

Allí mismo empezó a explicarle el Evangelio y a hablarle de la palabra de Dios. No hace falta alargar la historia: el ladrón creyó lo que oía, acompañó a Martín hasta dejarlo a salvo de nuevo en el camino principal y se despidió pidiéndole que rezara por él. Más tarde se supo que aquel hombre había cambiado de vida por completo y había abrazado la vida religiosa; de hecho, se dice que todo este episodio nos ha llegado de sus propios labios.

Contexto del narrador: la astucia de san Hilario y por qué ser «exorcista» era un puesto modesto

San Hilario de Poitiers (c. 315–367) fue la gran autoridad intelectual de la Iglesia en la Galia: un teólogo notable y el verdadero maestro espiritual de Martín.

Hay en este capítulo un detalle que suele desconcertar a cualquiera que hoy vea películas de terror: ¿por qué Martín se negó a ser **diácono** porque se consideraba indigno, pero aceptó ser **exorcista** porque era una función humilde? En la Iglesia del siglo IV, los **diáconos** eran la mano derecha del obispo: administraban las cuentas de la diócesis, organizaban la ayuda a los pobres y tenían un peso social enorme. El **exorcista**, en cambio, pertenecía a las llamadas «órdenes menores»: era una tarea discreta y subordinada, dedicada a acompañar a los catecúmenos, cuidar de la iglesia y atender a las personas perturbadas, o tenidas por poseídas, que vivían al margen de la comunidad. Hilario usó una psicología brillante: vio que un cargo prestigioso haría huir a Martín, ¡pero que jamás rechazaría el peldaño más bajo de la Iglesia, por miedo a parecer orgulloso!

CAPÍTULO VI

El encuentro con el Diablo en el camino, los azotes en público y el veneno en la isla Gallinara

Mientras seguía su camino, después de pasar por Milán, el Diablo se le apareció en la ruta con forma de hombre y le preguntó adónde iba. Cuando Martín respondió que iba adonde el Señor lo llamaba, el Diablo le advirtió: «¡Vayas adonde vayas e intentes lo que intentes, el Diablo siempre se cruzará en tu camino!». Martín le contestó al instante con el versículo del Salmo: *«El Señor está conmigo: no temo; ¿qué podrá hacerme el hombre?»*. Y en ese mismo instante el enemigo desapareció de su vista.

Cuando por fin llegó a su tierra, consiguió cumplir parte de lo que tanto anhelaba: llevó a su madre a dejar el paganismo y abrazar la fe, aunque su padre se negó tercamente a cambiar de vida. Por el camino, sin embargo, el ejemplo de Martín llevó a muchas otras personas a convertirse.

En aquel tiempo la herejía arriana se había extendido por todo el Imperio y dominaba sobre todo en la región del Ilírico. Casi solo, Martín se enfrentó con enorme valentía a los obispos locales que defendían esa doctrina. Pagó cara esa franqueza: lo persiguieron con dureza, lo azotaron con varas en la plaza pública y, al final, lo expulsaron de la ciudad. Volvió entonces a Italia, pero al enterarse de que también en la Galia la Iglesia pasaba por grandes dificultades, porque los herejes habían conseguido mandar al exilio a san Hilario, decidió establecer un pequeño monasterio en Milán. Tampoco allí tuvo paz: Auxencio, el principal jefe de los arrianos de la ciudad, desató contra él una persecución feroz y, después de someterlo a toda clase de insultos y malos tratos, lo echó de Milán.

Pensando que era más prudente esperar a que pasara la tormenta, Martín se retiró a una pequeña isla llamada Gallinara, en compañía de un sacerdote de gran virtud. Allí vivió algún tiempo alimentándose solo de raíces y hierbas silvestres. Un día, sin darse cuenta, acabó comiendo eléboro, una planta muy venenosa. Cuando sintió que el veneno se le extendía por el cuerpo y comprendió que estaba a las puertas de la muerte, se puso a rezar con todas sus fuerzas: el peligro pasó y los dolores desaparecieron por completo. Poco después supo que el emperador, arrepentido de su decisión anterior, había autorizado a san Hilario a volver del exilio; Martín partió enseguida hacia Roma con la esperanza de alcanzarlo en su viaje de regreso.

> **Contexto del narrador: la crisis arriana y la isla desierta de Martín**
>
> Para entender por qué Martín fue **azotado en la plaza pública** en los Balcanes (la provincia del *Illyricum*, que abarcaba Panonia y parte de las actuales Croacia y Serbia) y expulsado de **Milán**, tenemos que fijarnos en la mayor controversia religiosa del siglo IV: el **arrianismo**.
>
> Arrio, un sacerdote de Alejandría, enseñaba que Jesucristo no era Dios eterno, igual al Padre, sino la primera y más perfecta criatura creada por Dios. Aunque el Concilio de Nicea (325) había condenado esa idea, el emperador **Constancio II** se puso del lado de los obispos arrianos: mandó al exilio a los obispos fieles a Nicea (como san Hilario de Poitiers, desterrado a la actual Turquía en el 356) y entregó sedes importantes, como la capital imperial de Milán, a obispos arrianos como **Auxencio**.
>
> Sin sitio para él en las ciudades controladas por los arrianos, Martín buscó refugio en la **isla Gallinara** (*Isola Gallinara*), un pequeño islote rocoso frente a la costa de Liguria (cerca de Albenga, en el norte de Italia). Allí vivió como ermitaño comiendo raíces silvestres, hasta el día en que confundió una raíz con la del **eléboro**, una planta tóxica capaz de provocar un paro cardíaco.

CAPÍTULO VII

El monasterio de Ligugé y el primer milagro: el catecúmeno que volvió a la vida

Como Hilario ya había pasado por Roma cuando él llegó, Martín siguió sus pasos hasta Poitiers. Hilario lo recibió con inmensa alegría, y poco después Martín fundó un pequeño monasterio en las afueras de la ciudad. Al poco tiempo se le unió un joven catecúmeno que quería aprender a vivir bajo la guía de un maestro tan admirado; pero a los pocos días el joven cayó en cama con una fiebre altísima.

Por desgracia, Martín había tenido que salir de viaje y estuvo ausente tres días. Cuando volvió, lo encontró ya muerto: la enfermedad había

sido tan repentina que el joven se había ido sin haber tenido siquiera tiempo de ser bautizado. El cuerpo estaba tendido en medio de la habitación, rodeado de los monjes, que preparaban el funeral entre lágrimas, cuando Martín entró corriendo y llorando amargamente.

Guiado por una profunda inspiración interior, pidió a todos que salieran de la pequeña celda donde yacía el cuerpo, cerró la puerta por dentro y se tendió sobre el hermano sin vida. Permaneció así, rezando intensamente, durante un rato, hasta que sintió, en lo más hondo del alma, que el poder de Dios estaba actuando. Entonces se incorporó un poco y mantuvo los ojos fijos en el rostro del joven, esperando, lleno de confianza, el fruto de su oración y de la misericordia del Señor. No habían pasado ni dos horas cuando vio que todo el cuerpo empezaba, muy despacio, a moverse y que los párpados temblaban y se abrían de nuevo a la luz. Profundamente conmovido, Martín rompió a dar gracias a Dios en voz tan alta que los gritos de alegría llenaron toda la celda. Al oírlo, los monjes que esperaban fuera junto a la puerta entraron de golpe, ¡y se quedaron sin palabras al ver vivo al que habían dejado muerto!



En el monasterio de Ligugé —el más antiguo de Europa—, tras dos horas de intensa oración de Martín, el joven catecúmeno que había muerto sin bautizar abre los ojos y vuelve a la vida, ante el asombro de los monjes.

Devuelto a la vida, el joven fue bautizado enseguida y vivió muchos años más, convirtiéndose entre nosotros en el primer testigo vivo de los milagros de Martín. Él mismo solía contar lo que le había ocurrido después de salir de su cuerpo: lo habían conducido ante el Juez supremo y, como todavía no estaba bautizado, acababa de oír la dura sentencia que lo enviaba a un lugar tenebroso, en medio de una multitud sin nombre. En ese instante, sin embargo, dos ángeles informaron al Juez de que aquel era precisamente el joven por el que Martín estaba rezando. Por orden del Juez, los mismos ángeles lo trajeron de vuelta, se lo entregaron a Martín y le devolvieron la vida. Desde aquel día, la fama de Martín se extendió por todas partes: el hombre al que todos tenían ya por santo pasó a ser admirado también por el poder de sus prodigios y comparado con los mismos Apóstoles.

🎙️ Contexto del narrador: el monasterio más antiguo de Europa y un relato del siglo IV de una experiencia cercana a la muerte

La pequeña comunidad que Martín creó cerca de Poitiers hacia el año **361** es **Ligugé**, considerada por los historiadores **el monasterio más antiguo de Europa occidental**, ¡fundado más de un siglo y medio antes de san Benito!

Fíjate en dos detalles curiosos de este episodio:

1. **El gesto de los antiguos profetas:** Cuando Martín cierra la puerta de la habitación y se tiende sobre el joven muerto, está repitiendo exactamente el gesto de los profetas Elías (1 Reyes 17,21) y Eliseo (2 Reyes 4,34) en el Antiguo Testamento.

2. **El miedo a morir sin bautismo:** ¿Por qué dice el joven que estaban a punto de enviarlo a un «lugar tenebroso» (*obscuris locis*)? Para los cristianos del siglo IV, morir siendo todavía catecúmeno, antes del bautismo, dejaba el alma privada de la entrada plena en la luz; y esta descripción es además uno de los relatos más antiguos de la literatura occidental de lo que hoy llamaríamos una experiencia cercana a la muerte.

CAPÍTULO VIII

El joven esclavo de Lupicino salvado de la muerte

Poco tiempo después, cuando pasaba por las tierras de Lupicino, un hombre muy importante y de alta posición en la sociedad, Martín oyó a lo lejos los gritos y el llanto desesperado de una multitud. Preocupado, se acercó a la casa a preguntar qué había pasado, y le dijeron que un joven esclavo de la finca acababa de quitarse la vida ahorcándose.

En cuanto lo supo, Martín entró en el cuartito donde habían puesto el cuerpo, pidió a todos que salieran, se tendió sobre el joven y permaneció un rato rezando. Poco después, el color empezó a volver a las mejillas del joven, y sus ojos, ya apagados, recuperaron el brillo y se clavaron en

el rostro de Martín. Haciendo un lento esfuerzo por incorporarse, el joven agarró la mano derecha de Martín, se puso de pie y salió caminando por su propio pie, de la mano de él, hasta el patio de entrada, ante los ojos incrédulos de toda aquella gente.

> 🎙️ **Contexto del narrador: la compasión por los más vulnerables en las grandes fincas romanas**
>
> Lupicino era lo que los romanos llamaban un *vir honoratus*: un gran terrateniente de la aristocracia senatorial, dueño de una enorme finca agrícola (*villa*) donde trabajaban decenas o cientos de esclavos (la *familia*, en el sentido romano de la palabra).
>
> Lo que hace tan conmovedor este breve capítulo es la reacción de Martín ante el suicidio de un pobre esclavo (*servulus*). Mientras que en los siglos siguientes las leyes de la Iglesia llegarían a condenar el suicidio con enorme severidad, hasta el punto de prohibir la sepultura cristiana, Martín no predica ningún sermón ni tiene miedo de tocar a un joven que ha puesto fin a su vida por desesperación: entra en su cuarto, reza sobre su cuerpo y lleva al joven de la mano hasta el patio, delante del amo y de todos los siervos de la casa.

CAPÍTULO IX

El «secuestro» para hacerlo obispo de Tours y la humillación del obispo Defensor

Por aquel entonces, el pueblo de la Iglesia de Tours empezó a querer a Martín como obispo. Como sabían que no iba a ser nada fácil sacarlo de su monasterio, un habitante de Tours llamado Ruricio ideó una treta: fingió que su mujer estaba a las puertas de la muerte y, echándose de rodillas a los pies de Martín, suplicó tanto que lo convenció de irse con él. A lo largo del camino ya había varios grupos de vecinos apostados, según lo acordado; lo rodearon en la ruta y lo llevaron, casi escoltado, hasta Tours.

Lo esperaba una multitud impresionante, llegada no solo de Tours sino también de las ciudades vecinas, para votar la elección del nuevo obispo. Entre el pueblo no había dos opiniones: todos querían lo mismo y decían a una sola voz que nadie merecía ser obispo más que Martín, y que dichosa sería la diócesis que tuviera al frente a un hombre así. Había, sin embargo, un pequeño grupo en contra —entre ellos algunos de los obispos convocados a la ciudad para la ceremonia de ordenación — que intentó impedir la elección a toda costa. Decían abiertamente que Martín no era más que un personaje sin categoría, que no tenía aspecto de obispo, que iba mal vestido, con la ropa sucia y el pelo desgreñado. Pero el pueblo, con mucho más sentido común que ellos, se rio de la obstinación de aquellos prelados que, al intentar rebajar a un hombre tan admirable, no hacían más que elogiarlo. Al final no tuvieron más remedio que consagrarlo, empujados por la voluntad del pueblo y por los planes de Dios.

Se cuenta que, entre los obispos presentes, el que más duramente luchó contra Martín fue un hombre que se llamaba, precisamente, Defensor, y que ese mismo día acabó humillado en público por lo que todos vieron como una señal profética. Resulta que el lector encargado de leer las Escrituras en la ceremonia no pudo abrirse paso entre la multitud y se quedó atascado fuera. Mientras los sacerdotes esperaban en el altar, nerviosos y sin saber qué hacer, uno de los presentes tomó el libro de los Salmos, lo abrió al azar y empezó a leer en voz alta el primer versículo que le saltó a la vista. Y el Salmo decía así: *«De la boca de los niños y de los pequeños has sacado una alabanza perfecta contra tus adversarios, para derrotar al enemigo y al defensor»*.

Apenas resonaron estas palabras en la iglesia, todo el pueblo estalló en un grito inmenso, que dejó a los opositores completamente desarmados y cubiertos de vergüenza. Nadie dudó de que aquel Salmo había salido por voluntad de Dios, para que el obispo Defensor oyera allí mismo la condena de su intriga: por la voz de la gente sencilla quedó confirmada

la alabanza de Dios en Martín y, al mismo tiempo, cayó la máscara del adversario.

> **Contexto del narrador: elecciones populares en la iglesia, obispos de la alta sociedad y el juego de palabras con «Defensor»**
>
> La fecha es el **4 de julio del 371**, el día en que Martín fue consagrado obispo de Tours (*Caesarodunum Turonum*). Este episodio retrata a la perfección tres aspectos muy vivos de la Iglesia del siglo IV:
>
> 1. **Cómo se elegía a un obispo:** En la Antigüedad, a los obispos no los nombraba Roma a distancia; los elegían directamente, en asamblea abierta, los cristianos de la ciudad (*ad suffragia ferenda*), junto con los sacerdotes del lugar y los obispos de las diócesis vecinas. Cuando un monje muy querido por el pueblo no quería aceptar el cargo, los habitantes recurrían a veces a un «secuestro amistoso», ¡justo lo que hizo Ruricio!
>
> 2. **El choque entre los obispos refinados y el monje desaliñado:** ¿Por qué los demás obispos torcían el gesto ante la ropa gastada y el pelo largo y descuidado de Martín? Porque, en la segunda mitad del siglo IV, ser obispo de una ciudad romana era ya una posición de gran prestigio social, ocupada sobre todo por antiguos senadores, altos funcionarios y grandes terratenientes acostumbrados a las túnicas impecables y a los buenos modales de la aristocracia. El aspecto de un pobre ermitaño, con la barba y el pelo sin cortar, chocaba con todas las reglas de etiqueta de ese grupo.
>
> 3. **La explosiva coincidencia del Salmo 8,3:** ¿Por qué aquella lectura causó tal revuelo? En las traducciones actuales de la Biblia, el versículo dice *«para hacer callar al enemigo y al vengativo»*. Pero en la *Vetus Latina* —la antigua traducción latina que se usaba en la Galia en tiempos de Martín—, la palabra empleada para «vengativo» era literalmente **defensorem** (*«ut destruas inimicum et defensorem»*). Como el cabecilla de la oposición a Martín se llamaba **Defensor**, oír a alguien leer al azar *«para derrotar al enemigo y al Defensor»* les sonó a todos como una respuesta directa de Dios, ¡con nombre y apellido!

CAPÍTULO X

El obispo que vivía en una cabaña de madera: la fundación de Marmoutier

Una vez convertido en obispo, apenas encuentro palabras para describir la grandeza de alma que mostró Martín. Siguió siendo exactamente el mismo hombre de siempre: la misma humildad de corazón, la misma pobreza en el vestir. Lleno de autoridad natural y de gracia, cumplió plenamente con las responsabilidades de un obispo sin renunciar jamás a la vida sencilla y austera de un monje.

Al principio todavía vivía en un cuartito pegado a la iglesia de la ciudad. Pero como no soportaba el continuo ir y venir de gente que llamaba a su puerta, decidió fundar un monasterio a unos tres kilómetros de Tours. El lugar era tan tranquilo y escondido que parecía el mismo desierto: por un lado se alzaba la pared cortada a pico de un acantilado rocoso; por el otro, el río Loira abrazaba la pequeña llanura en una suave curva. Solo había un sendero para llegar hasta allí, y además muy estrecho.



La abadía de Marmoutier, en las afueras de Tours: entre el escarpe de piedra caliza horadado de cuevas y el meandro del río Loira, los discípulos más jóvenes se dedican a copiar manuscritos.

Martín se construyó una sencilla cabaña de madera y ramas entretejidas, y varios monjes hicieron lo mismo; la mayoría, sin embargo, excavó su refugio directamente en la roca blanda de la ladera. Allí vivían ochenta discípulos, todos decididos a seguir el ejemplo de su maestro. Nadie poseía nada; todo era de todos, y estaba prohibido comprar o vender cualquier cosa, al contrario de lo que ya hacían muchos otros monjes.

Allí nadie ejercía un oficio manual, con una sola excepción: la copia de libros, una tarea que se encargaba a los más jóvenes para que los mayores pudieran dedicarse por entero a la oración. Casi nadie salía de su celda, salvo a la hora de rezar juntos. Todos tomaban una única comida en común al final del día, una vez terminado el ayuno, y nadie bebía vino a menos que estuviera enfermo y lo necesitara como medicina. Casi todos vestían ásperas túnicas de pelo de camello; llevar telas suaves se consideraba allí una falta grave, lo cual resulta todavía más impresionante si recordamos que muchos de aquellos monjes

procedían de familias nobles, se habían criado entre comodidades y eligieron esta vida dura y humilde por su propia voluntad. Más tarde vimos a varios de ellos llegar a obispos; al fin y al cabo, ¿qué ciudad o qué diócesis no soñaba con tener al frente a un sacerdote formado en el monasterio de Martín?

> 🎙️ **Contexto del narrador: las cuevas del río Loira y la cuna de los copistas medievales**
>
> El refugio que Martín creó a dos millas romanas (unos 3 kilómetros) de Tours, encajado entre la ladera caliza y el río Loira (*Liger*), llegaría a ser la famosa abadía de **Marmoutier** (*Maius Monasterium*). La roca de esa orilla del Loira es *tuffeau*, una caliza blanca fácil de excavar, ¡donde todavía hoy puedes visitar las cuevas abiertas por los monjes de Martín!
>
> Hay en este capítulo dos detalles con un impacto enorme en la historia europea:
>
> 1. **Dedicación exclusiva a la copia de libros (*scriptores*):** Mientras los monjes de los desiertos de Egipto tejían cestos o cuerdas para ganarse el pan, Martín creó en Marmoutier una regla nueva en Occidente: el único trabajo manual del monasterio era **copiar libros a mano**. Al poner a los monjes más jóvenes a transcribir manuscritos, Martín sembró la semilla de los futuros *scriptoria* medievales que salvarían buena parte de la cultura antigua y cristiana durante la caída del Imperio romano.
>
> 2. **Un semillero de nuevos obispos:** Al atraer a jóvenes de la aristocracia romana (*nobiles*) a una vida despojada de posesiones y dedicada al estudio de las Escrituras, Marmoutier se convirtió en una auténtica escuela espiritual de la que salieron muchos de los obispos que renovaron la Iglesia en la Galia.

CAPÍTULO XI

El falso mártir desenmascarado: el espíritu

del criminal junto al altar

Pasemos ahora a otras cosas admirables que Martín hizo como obispo. No lejos de la ciudad, muy cerca del monasterio, había una tumba adonde la gente había tomado la costumbre de ir a rezar, convencida de que allí estaban enterrados unos mártires cristianos; tanto es así que los obispos anteriores incluso habían mandado levantar un altar en el lugar.

Martín, sin embargo, no era hombre que creyera a la ligera en historias contadas a medias. Empezó a preguntar a los sacerdotes y clérigos más ancianos de la diócesis quién había sido en realidad aquel mártir y cuándo había muerto, y reconocía que le costaba mucho aceptar un culto del que los antiguos no habían dejado ni un solo testimonio fiable. Durante algún tiempo incluso evitó poner los pies allí: como no tenía ninguna certeza, no quería ofender la buena fe de la gente, pero tampoco quería dar respaldo oficial, con su presencia, a una devoción que tal vez no fuera más que superstición. Hasta que un día decidió ir al lugar, acompañado solo de unos pocos monjes.

Se detuvo delante de la tumba y oró a Dios, pidiéndole que le mostrara quién estaba enterrado allí y qué clase de vida había llevado. Apenas había vuelto la cabeza hacia la izquierda cuando vio, de pie allí mismo, una figura oscura de aspecto feroz. Martín le ordenó que dijera cómo se llamaba y qué había hecho en vida. El espíritu dio su nombre y lo confesó todo: había sido un salteador de caminos, ejecutado por los crímenes que había cometido, y lo veneraban por puro error de la gente mal informada; no tenía absolutamente nada que ver con los mártires, porque mientras ellos estaban en la gloria de Dios, él cumplía allí su castigo. Lo más llamativo es que los monjes que acompañaban a Martín oían perfectamente la voz que respondía, aunque no veían a nadie.

Martín les contó entonces lo que acababa de ver y mandó retirar de inmediato el altar de aquel lugar, librando así a la población de seguir engañada por aquella falsa devoción.

Contexto del narrador: el sentido crítico de Martín y la fiebre de las reliquias en el siglo IV

A finales del siglo IV, la devoción a los mártires se disparó en todo el Imperio romano: cada ciudad quería tener la tumba de un héroe de las antiguas persecuciones, y bastaba con que apareciera una vieja sepultura al borde de un camino para que la gente empezara a peregrinar hasta ella.

La actitud de Martín es de una lucidez asombrosa para la época: en lugar de hacer la vista gorda porque «era bueno para la fe del pueblo», se comporta como un investigador exigente. Interroga a los sacerdotes más ancianos, busca registros históricos —el nombre del mártir y la fecha del martirio (*acta martyrum*)— y se niega a dar por válido un culto sin pruebas. Fíjate también en un detalle simbólico típico del mundo antiguo: la sombra del criminal aparece **a la izquierda** (*ad laevam*; *sinistra* en latín), el lado que, tanto en la cultura romana como en el Evangelio de san Mateo (25,33), se asociaba con la condena.

CAPÍTULO XII

El funeral pagano paralizado en medio del campo

Algún tiempo después, en uno de sus viajes por el campo, Martín se topó, a lo lejos, con el funeral de un pagano, que iba camino del entierro rodeado de rituales supersticiosos. Como todavía estaban a más de setecientos metros, Martín se detuvo para tratar de averiguar qué era aquel grupo, sin poder distinguir bien desde lejos lo que ocurría.

Vio, eso sí, que era un grupo numeroso de campesinos, y observó unas sábanas de lino blanco que ondeaban al viento por encima de lo que llevaban a hombros. Enseguida se convenció de que estaban celebrando una procesión pagana, porque la gente del campo de la Galia tenía la

vieja costumbre de pasear por los campos las estatuas de sus dioses, cubiertas con telas blancas.

Martín levantó entonces la mano, hizo la señal de la cruz en dirección a ellos y les ordenó que se detuvieran donde estaban y dejaran en el suelo lo que llevaban. Lo que siguió fue extraordinario: primero, todos aquellos hombres se quedaron clavados, inmóviles como estatuas de piedra; después, por más que se esforzaban por avanzar, no lograban dar ni un paso adelante y empezaron a dar vueltas y más vueltas sobre sí mismos de una manera completamente ridícula, hasta que, agotados, no tuvieron más remedio que depositar el cuerpo en el suelo. Desconcertados, se miraban unos a otros en silencio, sin entender qué les estaba pasando.

Mientras tanto, al ver la escena más de cerca, Martín se dio cuenta de que aquello era solo un cortejo fúnebre y no una procesión de ídolos. Volvió a levantar la mano y los dejó libres para recoger al difunto y seguir su camino. Y así, cuando quiso, los hizo detenerse; y cuando le pareció bien, los dejó ir en paz.

> **Contexto del narrador: de dónde viene la palabra «pagano» y las procesiones agrícolas de la Galia**
>
> Este episodio —casi cómico por la imagen de los hombres dando vueltas en círculo, incapaces de salir del mismo sitio— ayuda a explicar el origen de la propia palabra **pagano**.
>
> En latín, una aldea o distrito rural se llamaba *pagus*, y quien vivía allí era un *paganus*: el habitante del campo, el aldeano (al que Sulpicio llama también *rusticus*). Mientras el cristianismo se extendía rápidamente por las ciudades romanas (*civitates*), en las zonas rurales de la Galia los agricultores mantuvieron durante mucho tiempo los viejos rituales celtorromanos. Uno de los más populares se celebraba en primavera (parecido a la fiesta romana de las *Ambarvalia* y al culto de Cibeles o de las antiguas diosas madres celtas): llevaban imágenes de divinidades, cubiertas con telas de lino blanco, en procesión alrededor de los campos de cereal para pedir buenas cosechas. A

una distancia de 500 pasos romanos (unos 740 metros), Martín confundió la mortaja con los velos de una de esas procesiones agrícolas; pero en cuanto vio que solo era gente de la aldea que iba a enterrar a un muerto, los dejó seguir con su vida.

CAPÍTULO XIII

El desafío del pino sagrado: atado bajo el árbol que cae

En otra ocasión, en una aldea donde acababa de demoler un templo pagano muy antiguo, Martín se disponía a mandar talar también un gran pino que se alzaba justo al lado del santuario. Esta vez, sin embargo, el sacerdote pagano del lugar y todos los habitantes salieron a impedírselo. Por increíble que parezca, aquella misma gente que, por voluntad de Dios, se había quedado quieta mientras se derribaba el templo de piedra no permitía de ningún modo que se tocara el árbol.

Martín intentó explicarles con paciencia que un tronco de madera no tenía nada de divino: que adoraran más bien al Dios verdadero al que él servía, porque aquel árbol tenía que caer, ya que estaba consagrado a un falso espíritu. Hasta que uno de los aldeanos, más atrevido que los demás, lanzó un desafío: «Si tanta confianza tienes en ese Dios al que dices servir, hagamos un trato: nosotros mismos cortaremos el árbol, ¡pero tú te pones debajo y lo recibes cuando caiga! ¡Si tu Señor está de verdad contigo, saldrás vivo!».

Sin pestañear y lleno de confianza en Dios, Martín aceptó el trato. Al oírlo, todos los paganos estuvieron de acuerdo al instante: para ellos, bien valía la pena perder su árbol sagrado si, a cambio, aplastaba en su caída al hombre que andaba destruyendo sus santuarios.

Como el pino ya crecía muy inclinado hacia un lado, nadie tenía la menor duda sobre el punto exacto donde iba a caer. Los aldeanos ataron entonces a Martín y lo colocaron precisamente en el sitio que eligieron, justo debajo de la inclinación del tronco. Luego tomaron sus hachas y empezaron a talar el pino ellos mismos, llenos de entusiasmo y satisfacción. Alrededor, un mar de gente se reunió para mirar desde lejos, conteniendo la respiración. Poco a poco, el enorme pino empezó a tambalearse y a crujir, a punto de venirse abajo. A lo lejos, los monjes que acompañaban a Martín se pusieron blancos como el papel: aterrados ante el peligro inminente, perdieron toda esperanza y hasta la fe, convencidos de que iban a ver a Martín morir aplastado allí mismo.

Él, sin embargo, permanecía completamente sereno, abandonado en las manos del Señor. Y cuando el tronco crujió con estruendo y por fin empezó a desplomarse directo hacia él, a punto de aplastarlo, Martín levantó la mano y trazó en el aire la señal de la cruz. En ese mismo instante —como si una furiosa ráfaga de viento lo hubiera golpeado de frente—, el pino giró hacia atrás y cayó del lado contrario, ¡y por poco atrapa debajo a los campesinos que se habían puesto en el lugar que creían más seguro!



Atado por los aldeanos paganos en el punto exacto donde iba a caer el enorme pino sagrado, Martín levanta la mano haciendo la señal de la cruz y hace que el árbol caiga hacia el otro lado.

Enseguida se alzó un grito inmenso: los paganos no podían creer lo que acababan de ver, los monjes rompieron a llorar de alegría y todos aclamaron a una sola voz el nombre de Cristo. Aquel día quedó claro que la fe había conquistado aquella tierra: en toda esa multitud apenas hubo un solo pagano que no fuera a pedirle a Martín que le impusiera las manos para hacerse catecúmeno, dejando atrás las viejas creencias para seguir al Señor Jesús. Lo cierto es que, antes de que Martín llegara allí, casi nadie en aquella región era cristiano; pero el impacto de sus milagros y de su ejemplo fue tan grande que hoy no hay por allí aldea que no tenga iglesias llenas de gente o monasterios. Porque cada vez que derribaba un santuario pagano, Martín se empeñaba en construir enseguida en el mismo lugar una iglesia o un pequeño monasterio.

🎙️ Contexto del narrador: ¿por qué los galos defendían un pino más que un templo de piedra?

¿Te fijaste en un detalle curioso justo al comienzo de este capítulo? La población de la aldea dejó que se demoliera el templo de piedra sin reaccionar, pero cuando Martín quiso talar el **pino**, ¡estuvieron a punto de matarlo! ¿Por qué?

La explicación está en la antigua religión de los celtas (los galos): antes de la llegada de los romanos, los celtas no rezaban dentro de edificios cerrados; para ellos, la verdadera morada de los dioses estaba en los árboles centenarios y en los bosques sagrados (*nemora*). El templo de piedra no era más que una moda traída por los romanos, ¡pero aquel viejo pino era el alma religiosa de la aldea!

Fíjate también en la desarmante honestidad de Sulpicio Severo, que no oculta el pánico de los propios monjes de Martín, temblando a lo lejos, después de haber perdido «toda esperanza y hasta la fe». Y fíjate en la última frase del capítulo: esta costumbre de Martín de levantar una capilla o un monasterio exactamente en el lugar de los antiguos santuarios y árboles sagrados está en el origen de la red de parroquias rurales de toda Europa.

CAPÍTULO XIV

El fuego que retrocedió contra el viento y los dos ángeles armados en Levroux

Más o menos por la misma época, en un caso parecido, Martín fue protagonista de otro hecho sorprendente. En una aldea donde había prendido fuego a un santuario pagano muy antiguo y famoso, el viento empezó a empujar las llamas directamente hacia una casa vecina que estaba pegada al templo. En cuanto vio el peligro, Martín trepó a toda prisa al tejado de la casa y se plantó justo delante de las llamas que avanzaban. Lo que ocurrió entonces dejó a todos boquiabiertos: se vio cómo el fuego se doblaba hacia atrás, en contra de la dirección misma

del viento, ¡como si las fuerzas de la naturaleza lucharan entre sí! De este modo, gracias a la intervención de Martín, el incendio consumió solo lo que tenía que arder y dejó la casa intacta.

En otro lugar, llamado Levroux, Martín intentó también demoler un gran templo, muy rico y rodeado de una enorme devoción pagana, pero una multitud furiosa se juntó contra él y lo echó del lugar entre insultos y golpes. Martín se retiró entonces a un sitio cercano y pasó tres días enteros vestido con una áspera túnica de penitencia y cubierto de ceniza, sin comer y rezando sin cesar, pidiéndole a Dios que, ya que las manos humanas no habían logrado derribar aquel santuario, lo hiciera el mismo poder divino.

Al cabo de esos tres días, se le aparecieron de pronto dos ángeles con lanza y escudo en la mano, como soldados del ejército celestial. Le dijeron que el Señor los había enviado para poner en fuga a la multitud y protegerlo mientras se demolía el templo: podía volver a la aldea tranquilo y terminar lo que había empezado, porque nadie le pondría un dedo encima.

Martín regresó a Levroux de inmediato y, ante los ojos de toda aquella población pagana —que se quedó mirando, totalmente incapaz de reaccionar—, arrasó el santuario hasta los cimientos e hizo añicos todos los altares y estatuas. Comprendiendo que solo un poder divino podía haberlos dejado así, paralizados y llenos de miedo, sin poder detener al obispo, casi todos los habitantes del lugar se convirtieron a Jesucristo, proclamando en voz alta que solo el Dios de Martín merecía ser adorado y que aquellos ídolos, que ni siquiera podían defenderse a sí mismos, no valían nada.

> 🎙️ **Contexto del narrador: salvar la casa del vecino y el gran santuario de Levroux**
>
> El antiguo poblado de *Leprosum* es hoy la localidad de **Levroux**, en el centro de Francia (región de Berry), donde las excavaciones arqueológicas han confirmado la existencia de un gran centro religioso galorromano.
>
> Vale la pena fijarse en dos rasgos muy reveladores de la manera de actuar de Martín:
>
> 1. **Combatir al ídolo, proteger a la gente:** En el primer episodio, en cuanto ve que el viento lanza las llamas del templo sobre el tejado de paja o de madera de la casa de al lado, Martín se juega el pellejo subiéndose al tejado en llamas para que el vecino no se quede sin hogar.
>
> 2. **Penitencia en lugar de tropas:** Cuando lo echan a golpes de Levroux, Martín no va a pedir soldados a las autoridades romanas para imponer la ley por la fuerza (como ya hacían varios obispos de su tiempo). Prefiere retirarse a ayunar tres días, vestido con un **cilicio** (el *cilicium*, una áspera túnica de pelo de cabra o de camello que se llevaba pegada a la piel) y con ceniza en la cabeza, tal como hacían los antiguos profetas de la Biblia.

CAPÍTULO XV

El cuello desnudo ante la espada en la tierra de los eduos

Quiero contar también lo que pasó en la región de los eduos. Mientras Martín hacía derribar un templo del lugar, una banda enfurecida de campesinos paganos se abalanzó sobre él. Uno de ellos, más exaltado que los demás, desenvainó la espada y se fue derecho hacia Martín para matarlo. Sin retroceder ni un paso, Martín se echó la capa hacia atrás y le ofreció el cuello desnudo. El hombre ni siquiera dudó en golpear; pero en el preciso momento en que alzó el brazo para descargar la espada,

perdió el equilibrio, cayó de espaldas al suelo y, lleno de un terror inexplicable, se puso a pedir perdón.

Muy parecido a este fue otro caso: un hombre intentó apuñalarlo con un gran cuchillo mientras él hacía pedazos unas estatuas paganas, pero en el instante en que iba a clavarle la hoja, el hierro se le escapó volando de las manos y desapareció sin dejar rastro.

La mayoría de las veces, sin embargo, cuando la población rural intentaba impedirle demoler sus santuarios, Martín les hablaba con tanta bondad y convicción que les desarmaba el corazón; y, a medida que les abría los ojos a la verdad, eran los propios habitantes quienes acababan derribando sus templos.

> **Contexto del narrador: la tierra de los eduos y el poder de la palabra**
>
> El territorio de los **eduos** (*pagus Aeduorum*) estaba en la actual **Borgoña**, en torno a la ciudad de Autun (la antigua *Augustodunum*). Los eduos eran uno de los pueblos galos más antiguos y orgullosos, famosos desde los tiempos de Julio César y con raíces druídicas muy profundas.
>
> Mira con atención la última frase de este capítulo, que a menudo pasa inadvertida: Sulpicio se preocupa de aclarar que, a pesar de estos momentos de tensión con espadas y cuchillos de carnicero (*culter*), *«la mayoría de las veces»* (*plerumque*) Martín vencía la resistencia de las aldeas no por la fuerza, sino con la conversación paciente y la predicación, hasta que los propios vecinos desmontaban los viejos altares.

CAPÍTULO XVI

La muchacha paralítica curada en Tréveris con aceite bendecido

En cuanto al don de curar a los enfermos, tenía en Martín un poder tan extraordinario que casi nadie acudía a pedirle ayuda sin marcharse

curado en el acto, como se ve claramente en el caso que voy a contar.

En la ciudad de Tréveris vivía una muchacha afectada por una parálisis tan grave que hacía mucho tiempo que no movía ni un solo músculo del cuerpo: estaba prácticamente muerta de la cabeza a los pies y apenas se notaba que seguía respirando. Toda la familia se había reunido alrededor de la cama entre lágrimas, esperando ya solo el final para ocuparse del funeral, cuando corrió por la ciudad la noticia de que Martín acababa de llegar a Tréveris. En cuanto se enteró, el padre de la joven salió corriendo de casa, casi sin aliento, para ir a suplicarle ayuda para su hija.

Para entonces Martín ya había entrado en la iglesia. Allí mismo, delante de todo el pueblo y de muchos otros obispos, el anciano padre se arrojó al suelo, se abrazó a sus rodillas y le imploró entre sollozos convulsos: «¡Mi hija se está muriendo de una enfermedad terrible y —peor aún que la muerte misma— solo le queda un hilo de aliento en un cuerpo que ya parece muerto! ¡Te ruego por lo que más quieras que vayas a la casa y le des tu bendición, porque tengo una fe absoluta en que por tu mano se pondrá bien!».

Turbado por semejante petición en público, Martín intentó echarse atrás, muy avergonzado: decía que aquello estaba completamente fuera de su alcance, que el pobre hombre se equivocaba con él y que no tenía mérito alguno para que Dios obrara un milagro así por medio de él. Pero el padre no lo soltaba, llorando cada vez más e insistiendo en que fuera a ver a su hija antes de que muriera. Al final, hasta los demás obispos presentes presionaron a Martín para que fuera, y por fin se dirigió a la casa de la muchacha. Fuera, en la puerta, se juntó una multitud inmensa para ver qué iba a hacer el hombre de Dios.

Primero, recurriendo a sus armas habituales en estas ocasiones, Martín se arrodilló hasta tocar el suelo con la frente y permaneció en oración. Luego miró a la muchacha y pidió un poco de aceite; lo bendijo y le echó

en la boca unas gotas de aquel líquido sagrado, y en ese mismo instante ella recuperó el habla. Después, poco a poco, a medida que Martín la tocaba, sus brazos y sus piernas fueron volviendo a la vida, hasta que la joven se puso de pie con paso firme ante todo el pueblo.

> 🎙️ **Contexto del narrador: Tréveris, la capital imperial, y la bendición del aceite**
>
> La historia transcurre aquí en **Tréveris** (*Augusta Treverorum*, la actual ciudad alemana de **Trier**, conocida también por su nombre francés, Trèves). En el siglo IV, Tréveris no era una ciudad cualquiera: era la **capital del Imperio romano de Occidente**, donde vivía el emperador y tenía su sede la corte imperial. Por eso vemos a Martín en la iglesia rodeado de «muchos otros obispos», llegados de distintas provincias para tratar en palacio los asuntos de sus diócesis.
>
> Para cualquiera que estudie la historia de las tradiciones cristianas, este episodio es además un documento muy valioso: es uno de los testimonios más antiguos de Occidente sobre la bendición del aceite (*oleum*) por parte de un obispo para curar a enfermos graves, un gesto inspirado en la Carta de Santiago (5,14) que está en el origen del actual sacramento de la Unción de los Enfermos.

CAPÍTULO XVII

El antiguo procónsul Tetradio y los dedos de Martín en la boca de un poseído

Más o menos por la misma época, un esclavo de Tetradio, antiguo procónsul y personaje de gran peso político, cayó en un violento estado de posesión que lo hacía sufrir horriblemente. Fueron a pedirle a Martín que le impusiera las manos y lo curara, y él les dijo que le llevaran al joven. Solo que nadie conseguía sacarlo de la habitación donde estaba

encerrado: se revolvía con tal furia, intentando morder a quien abriera la puerta, que nadie se atrevía a acercarse.

Tetradio fue entonces en persona a echarse de rodillas a los pies de Martín, suplicándole que fuera él mismo a su casa para ayudar al joven. Martín respondió que no podía entrar en la casa de un pagano, pues Tetradio, por aquel entonces, todavía seguía la religión tradicional romana. El antiguo procónsul le prometió allí mismo que, si el espíritu maligno salía de aquel esclavo, él mismo se haría cristiano. Así que Martín fue a la casa, puso la mano sobre la cabeza del joven y lo libró al instante de aquel tormento. Al verlo con sus propios ojos, Tetradio cumplió su palabra: creyó en el Señor Jesús, se inscribió enseguida como catecúmeno, fue bautizado poco después y durante el resto de su vida sintió una gratitud y un aprecio inmensos por Martín, a quien consideraba el responsable de su salvación.

Por aquellos mismos días y en la misma ciudad, cuando entraba en casa de otro señor, Martín se paró en seco en la misma puerta y avisó de que veía un demonio espantoso en el patio interior. Apenas le ordenó que se marchara, el espíritu entró en el cuerpo de un sirviente que estaba al fondo de la casa, en la cocina. El pobre hombre perdió por completo la razón y se puso a gritar, a rechinar los dientes y a morder con violencia a todo el que se le ponía delante. El caos se apoderó de toda la casa: los demás sirvientes entraron en pánico y todo el mundo huyó a la calle.

Martín se fue derecho hacia el hombre enfurecido y empezó por ordenarle que se estuviera quieto. Como el hombre seguía rechinando los dientes y abrió la boca de par en par, amenazando con despedazarlo a mordiscos, Martín le metió sus propios dedos en la boca y lo desafió: «Si tanto poder tienes, ¡muérdelos!». Como si le hubieran puesto un hierro al rojo vivo en la garganta, el poseído apartó enseguida las mandíbulas todo lo que pudo, para no rozar siquiera los dedos de Martín. Y como los castigos divinos lo obligaban a salir de aquel cuerpo,

pero ya no podía hacerlo por la boca, el espíritu impuro acabó expulsado en una violenta descarga del vientre, dejando en el suelo un rastro inmundo.

> 🎙️ **Contexto del narrador: un senador romano de alto rango y el realismo sin filtros de la Antigüedad**
>
> Hay dos detalles muy curiosos en este capítulo:
>
> 1. **Tetradio, un *vir proconsularis*:** Tener rango «proconsular» significaba pertenecer a la cúpula del Senado romano y haber gobernado ya una gran provincia del Imperio. Al negarse al principio a entrar en la casa de un pagano (lo que recuerda el diálogo inicial de Jesús con la mujer cananea o con el centurión en los Evangelios), Martín lleva a aquel orgulloso aristócrata a dar un paso personal de fe, ¡y todo ello para salvar a un simple esclavo doméstico!
>
> 2. **El crudo realismo del segundo exorcismo:** ¡A quien lee hoy este capítulo suele sorprenderle el final tan gráfico del episodio! Para la mentalidad religiosa del siglo IV, como los dedos consagrados del obispo habían estado dentro de la boca del sirviente, el espíritu maligno ya no podía salir por un conducto que había sido bendecido; por eso Sulpicio nos cuenta, sin andarse con rodeos, que tuvo que salir «por abajo», mediante una violenta crisis intestinal (*fluxu ventris*).

CAPÍTULO XVIII

El falso rumor de la invasión bárbara, el beso al leproso en París y los hilos de la túnica

En otra ocasión, corrió de pronto por la ciudad el rumor de que los pueblos bárbaros se habían puesto en marcha para atacar, lo que sumió a toda la población en el pánico. Martín mandó entonces llamar a la iglesia a un poseído y ordenó al espíritu que dijera toda la verdad sobre aquella noticia. Este acabó confesando que diez demonios juntos habían

echado a correr aquel rumor por las calles, con la esperanza de que el susto hiciera huir a Martín de la ciudad; en cuanto a los bárbaros, ni se les había pasado por la cabeza atacar. Después de esta confesión, hecha en voz alta en medio de la iglesia, toda la ciudad respiró aliviada y recobró la calma.

En París, por su parte, cuando Martín cruzaba una de las puertas de la muralla de la ciudad rodeado de una multitud enorme, apareció un leproso con el rostro completamente desfigurado por la enfermedad. Mientras todos se apartaban llenos de repugnancia, Martín se fue derecho hacia él, lo besó en la cara y lo bendijo. El hombre quedó curado en ese instante y, al día siguiente, se presentó en la iglesia con la piel limpia y sana, dando gracias a Dios por la salud que había recuperado.



A la entrada de las puertas de París (la Lutecia de los parisios), mientras la multitud se aparta horrorizada, el obispo Martín se acerca a un leproso de rostro desfigurado y le da un beso con ternura.

Tampoco puedo dejar de mencionar que incluso simples hilos arrancados de su ropa o de su túnica de pelo de camello curaron a

enfermos en incontables ocasiones: bastaba con atarlos alrededor de los dedos o llevarlos al cuello para alejar la enfermedad de quienes sufrían.

> 🎙️ **Contexto del narrador: rumores de guerra en el siglo IV y el beso a las puertas de París**
>
> Este capítulo reúne dos episodios muy expresivos:
>
> 1. **Una guerra de rumores en la frontera romana:** En la Galia de finales del siglo IV, sin comunicaciones rápidas, bastaba con que se dijera que unas tribus germánicas habían cruzado el Rin para que una ciudad entera saliera huyendo. ¡Martín se vale de un interrogatorio en plena iglesia para desenmascarar el falso rumor y tranquilizar a toda la población!
>
> 2. **«Apud Parisios»: el nacimiento del nombre de París:** Fíjate en la expresión latina que usa Sulpicio para situar la escena: *apud Parisios* («en la tierra de los parisios»). Estamos en el preciso momento histórico en que el viejo nombre romano de *Lutetia* está cayendo en desuso para dejar paso al nombre de la tribu gala del lugar: ¡**París**! La puerta de la muralla donde Martín besó al leproso estaba a la entrada de la *Île de la Cité*, muy cerca de donde hoy se alza la catedral de Notre-Dame. En una sociedad en la que la lepra causaba terror y a los leprosos se los ahuyentaba a pedradas, la imagen de un obispo abrazando a un hombre desfigurado y besándolo en la mejilla quedó grabada para siempre en la memoria de la ciudad.

CAPÍTULO XIX

La carta que curó a la hija de Arborio, los ojos de Paulino de Nola y la caída por las escaleras

Arborio, antiguo prefecto romano y hombre de fe muy profunda y sincera, tenía en casa a una hija que se consumía con terribles ataques de fiebre cuartana. Resulta que por aquellos días recibió una carta escrita por Martín; en el preciso momento en que la fiebre empezaba a subirle otra vez a la muchacha, su padre le puso la carta sobre el pecho

y, en ese mismo segundo, la fiebre bajó y no volvió nunca más. Arborio quedó tan impresionado por lo que había visto que decidió allí mismo consagrar a su hija a Dios, en una vida de castidad para siempre. Se puso entonces en camino para ir a ver a Martín, llevó consigo a la joven —prueba viviente de que la había curado incluso a distancia— y se empeñó en que fuera el propio Martín, y nadie más, quien le impusiera el velo de las vírgenes consagradas.

Paulino, por su parte —un hombre que más tarde llegaría a ser para todos un ejemplo extraordinario de vida cristiana—, empezó a sufrir dolores horribles en un ojo, hasta el punto de que se le formó sobre la pupila una gruesa telilla que lo estaba dejando ciego. Martín le pasó suavemente por el ojo un pequeño pincel médico, le quitó todo el dolor en un instante y le devolvió la vista, tan perfecta como antes.

En cuanto al propio Martín, un día tuvo la mala suerte de caerse de un piso alto y rodar por una escalera rota llena de peldaños torcidos, y quedó lleno de cortes y magulladuras de la cabeza a los pies. Yacía en su celda casi a las puertas de la muerte, con un dolor insoportable, cuando durante la noche se le apareció un ángel que le lavó las heridas y le extendió un bálsamo calmante por todo el cuerpo maltrecho. A la mañana siguiente, Martín se levantó tan bien y tan repuesto que parecía que nunca hubiera sufrido caída alguna.

Pero si me pusiera a contar aquí todos los casos uno por uno, no acabaríamos nunca; quedémonos con estos pocos ejemplos escogidos entre tantos otros. Bastan de sobra para mostrar la verdad sobre las cosas más admirables que ocurrieron, sin cansar al lector con demasiadas historias.

Contexto del narrador: malaria, problemas de la vista y dos grandes nombres de la aristocracia romana

Aquí nos cruzamos con dos personalidades históricas muy bien conocidas por otras fuentes de la época:

1. **Magno Arborio y la «fiebre cuartana»:** Arborio era un alto funcionario imperial (*vir praefectorius*, prefecto en Roma hacia 379–380) y sobrino del famoso poeta Ausonio, de Burdeos. La «fiebre cuartana» que había atacado a su hija era una forma grave de **malaria** (*Plasmodium malariae*), caracterizada por violentos picos de fiebre y escalofríos que volvían cada tres días (cada «cuarto día» según la manera romana de contar, que incluía el primer día y el último).

2. **San Paulino de Nola (354–431):** El «Paulino» curado de una grave dolencia ocular (probablemente una úlcera de córnea o una catarata traumática, tocada con un *peniculus*, una pequeña esponja o pincel que usaban los médicos antiguos) no es otro que **Poncio Meropio Paulino**, un senador inmensamente rico nacido en Burdeos, gobernador de Campania y el mejor amigo de nuestro autor, Sulpicio Severo. El propio Paulino dejó un relato de esta curación en sus escritos; poco después vendió su inmensa fortuna para darla a los pobres y se fue a vivir a Nola, en el sur de Italia, donde llegó a ser uno de los mayores poetas cristianos de la Antigüedad.

CAPÍTULO XX

El banquete del emperador Magno Máximo: la copa pasada al sacerdote antes que al emperador

Llego ahora a un episodio que puede parecer menor al lado de milagros tan grandes, aunque, en los tiempos degradados y corruptos que vivimos hoy, ¡ver a un obispo que no se doblega ante los halagos de la corte imperial es casi un milagro mayor que todos los demás! Cuando muchísimos obispos de varias provincias se reunieron en la corte del

emperador Máximo —un hombre duro, lleno de arrogancia tras ganar la guerra civil—, daba pena ver la manera servil en que todos hacían lo que él mandaba, rebajando la dignidad de obispos al papel de simples aduladores del poder. ¡Solo Martín mantuvo intacta la firmeza de un Apóstol! Incluso cuando tenía que pedirle al emperador clemencia para alguien, hablaba con tal autoridad que parecía estar dando una orden más que pidiendo un favor. Y por más veces que Máximo lo invitó a cenar con él a la mesa imperial, Martín siempre se negó, diciendo sin rodeos que no podía sentarse a la mesa de un hombre que había eliminado a dos emperadores legítimos: a uno le había quitado el trono y al otro la vida misma.

Máximo intentó justificarse por todos los medios: le aseguró que no había tomado el poder por ambición personal, sino que los soldados, por voluntad de Dios, lo habían empujado a gobernar y a defenderse por la fuerza de las armas; añadió que una victoria tan rápida como la suya solo podía tener detrás la mano de Dios, y que ninguno de sus enemigos había sido muerto fuera del campo de batalla. Insistió tanto, entre justificaciones y súplicas, que Martín acabó aceptando ir a la cena, lo que dejó al emperador rebosante de alegría por haberlo convencido al fin.

El banquete parecía un gran día de fiesta y reunió a la mesa a las mayores figuras del Imperio: allí estaba Evodio, prefecto y cónsul al mismo tiempo, uno de los hombres más justos que han existido; y había también dos condes con los más altos poderes militares, que eran el hermano del emperador y su tío paterno. Entre estos dos últimos sentaron al sacerdote que acompañaba a Martín; a Martín mismo lo sentaron en un taburete bajo colocado justo al lado del puesto del emperador.

A mitad de la cena, como exigía el protocolo de la corte, el copero le llevó una copa de vino al emperador. Lleno de deferencia, Máximo

ordenó que se la llevaran primero al santo obispo, pues deseaba muchísimo recibir luego la copa directamente de manos de Martín. ¡Solo que Martín, después de dar un sorbo, le tendió la copa al sacerdote que había ido con él! Consideró que nadie en aquella sala tenía mayor dignidad para beber inmediatamente después de un obispo, y que traicionaría su conciencia si ponía al propio emperador o a sus parientes por delante de un sacerdote.



En el banquete imperial de Tréveris, sentado en un pequeño taburete junto al emperador Magno Máximo, Martín bebe de la copa real y se la pasa primero al sacerdote que lo acompaña antes de dársela al soberano, ante el asombro de la corte.

Por increíble que parezca, tanto el emperador como todos los invitados quedaron tan impresionados por aquella libertad de espíritu que les gustó precisamente el gesto que los había relegado a un segundo plano. En poco tiempo no se hablaba de otra cosa en todo el palacio: en la propia mesa del emperador, Martín había tenido el valor de hacer lo que ningún otro obispo se atrevía a hacer ni siquiera en las cenas de gobernadores de segunda fila.

Más tarde, y mucho antes de que estallara la guerra, Martín advirtió a ese mismo Máximo de lo que le pasaría si seguía adelante con su plan de invadir Italia y atacar al joven emperador Valentiniano: ganaría la primera batalla contra él, pero moriría poco tiempo después. Y eso es exactamente lo que nosotros mismos vimos suceder: en cuanto Máximo entró en Italia, Valentiniano tuvo que huir; pero al cabo de más o menos un año reorganizó su ejército, sitió a Máximo dentro de las murallas de Aquilea, lo capturó y lo mandó ejecutar.

> 🎙️ **Contexto del narrador: la alta política romana y la ruptura del protocolo en Tréveris**
>
> Ambientada en el palacio imperial de Tréveris hacia el **385 o el 386**, esta escena es uno de los momentos más célebres de la relación entre el poder político y la Iglesia en la Antigüedad:
>
> 1. **¿Quiénes eran los «dos emperadores» de los que hablaba Martín?** **Magno Máximo** era un general nacido en Hispania y proclamado emperador por las tropas de Britania en el 383. Cruzó el canal de la Mancha, derrotó e hizo matar al joven emperador legítimo **Graciano** (*al que le quitó la vida*) y presionó a su hermanastro, el adolescente **Valentiniano II** (*al que le quitó parte del Imperio*). Todos los personajes sentados a la mesa son históricos: **Flavio Evodio** fue prefecto del pretorio de las Galias y cónsul romano en el año 386.
>
> 2. **El escándalo de la copa (*patera*):** Según las rígidas normas de la corte imperial, beber primero de la copa del emperador y devolvérsela en persona era la mayor distinción que podía recibir un invitado. Al pasarle la copa a su simple sacerdote (*presbyter*), por encima del emperador, del cónsul y de los condes imperiales, Martín afirmó sin decir una palabra que las cosas del espíritu no se inclinan ante el poder militar o político.
>
> 3. **¿Qué había ido a hacer Martín a la corte de Máximo?** Por otro libro de Sulpicio Severo (la *Crónica*), sabemos que Martín había ido a Tréveris para intentar salvar de la muerte al obispo hispano Prisciliano y a sus discípulos, acusados de herejía por otros obispos intrigantes, y luchó hasta el límite para impedir que el Estado ejecutara a personas por cuestiones religiosas.

CAPÍTULO XXI

Las conversaciones con los ángeles y el Diablo con el cuerno de buey cubierto de sangre

También se sabe con certeza que Martín veía a menudo a los ángeles, e incluso conversaba directamente con ellos. En cuanto al Diablo, lo veía tan claramente delante de sí que nunca podía pasarle inadvertido, ya se presentara tal como era, ya adoptara los más variados disfraces para hacer daño. Al darse cuenta de que no había truco capaz de engañar a Martín, el Diablo se vengaba apareciéndose a cada paso solo para insultarlo, ya que no podía tenderle trampas.

Un día irrumpió en la celda de Martín lanzando un rugido espantoso y sosteniendo en la mano derecha, toda embadurnada de sangre, un cuerno de buey ensangrentado. Encantado con la desgracia que acababa de causar, le gritó: «¿Dónde está ahora tu poder, Martín? ¡Acabo de matar a uno de los tuyos!».

Martín llamó inmediatamente a los monjes, les contó lo que el Diablo acababa de decir y los mandó a recorrer todas las celdas una por una para ver quién faltaba o a quién le había ocurrido alguna desgracia. Volvieron poco después diciendo que los monjes estaban todos bien, pero que un campesino contratado por días para traer leña en un carro había ido al bosque esa mañana. Martín pidió enseguida a algunos hermanos que fueran a buscarlo a toda prisa. No lejos del monasterio, encontraron al pobre hombre tendido en el suelo, ya casi muerto. Con el poco aliento que le quedaba, explicó a los monjes lo que había pasado: cuando estaba apretando las correas de cuero que se habían aflojado en la yunta de bueyes, uno de los animales sacudió la cabeza con fuerza y le clavó un cuerno en la ingle. Pocos instantes después murió.

A cada lector le toca reflexionar sobre las razones por las que Dios permitió que el Diablo tuviera parte en una desgracia como esta. Lo asombroso en Martín era la claridad con que, tanto en este caso como en muchos otros parecidos, sabía las cosas mucho antes de que ocurrieran, o recibía al instante un aviso interior para decir a los hermanos lo que estaba pasando a distancia.

> 🎙️ **Contexto del narrador: el jornalero de la leña y la franqueza de Sulpicio ante la tragedia**
>
> Hay dos detalles humanos muy hermosos en este capítulo:
>
> 1. **«Uno de los tuyos»:** Como los monjes de Marmoutier vivían retirados en oración (y los más jóvenes se pasaban el día copiando libros), el monasterio contrataba a trabajadores rurales de la zona (*mercede conducti*, pagados por día) para ir a buscar leña al bosque en carros de bueyes. Aunque no era monje, aquel humilde trabajador formaba parte de la familia espiritual de Martín.
>
> 2. **Sin respuestas fáciles ante el sufrimiento:** Ante la muerte trágica de aquel hombre en un accidente de trabajo, Sulpicio Severo no intenta inventar una lección moralizante ni culpar a la víctima. Tiene la honestidad de dejar la pregunta abierta: *«A cada lector le toca reflexionar sobre las razones por las que Dios permitió que el Diablo tuviera parte en una desgracia como esta»* (*Viderit is, quo judicio Domini…*).

CAPÍTULO XXII

Los disfraces de Júpiter, Mercurio y Venus, y la promesa de perdón al mismo Diablo

En muchas otras ocasiones, tratando de sorprender al santo con mil artimañas, el Diablo se presentó ante sus ojos con las apariencias más diversas: unas veces tomaba la forma de Júpiter, muchas más la de Mercurio, y no pocas veces aparecía también con los rasgos de Venus o

de Minerva. Sin perder nunca la serenidad, Martín se defendía siempre con la señal de la cruz y con la oración.

También se oía con frecuencia a bandas de demonios gritarle insultos insolentes; pero como sabía que todo aquello no eran más que mentiras sin pies ni cabeza, Martín no hacía caso de las acusaciones. Algunos monjes contaban incluso haber oído una vez a un demonio encararse con Martín en tono arrogante y preguntarle por qué había aceptado en el monasterio a unos hermanos que, en el pasado, habían manchado la gracia del bautismo con graves errores y pecados antes de arrepentirse; y se puso a enumerar, uno por uno, los viejos pecados de cada cual.

Aquellos monjes decían que Martín le respondió tajantemente que los errores del pasado quedan borrados cuando alguien cambia sinceramente de vida y que, por la misericordia de Dios, quien deja de pecar tiene derecho al perdón. Cuando el Diablo replicó que los grandes pecadores no merecen clemencia y que Dios no vuelve a perdonar a los que caen después del bautismo, se cuenta que Martín le dio esta respuesta extraordinaria:

«Si tú mismo, desdichado, dejaras de perseguir a la humanidad y te arrepintieras del mal que has hecho, incluso ahora, cuando el día del Juicio Final está tan cerca, tengo tal confianza en el Señor Jesucristo que te prometería el perdón de Dios».

¡Qué admirable audacia de confianza en la bondad de Dios! Aun sin tener autoridad para garantizar semejante promesa, Martín mostró en esas palabras la inmensidad de su corazón. Y ya que hablamos del Diablo y de sus trampas, vale la pena contar aquí un episodio que ocurrió muy cerca: aunque no le sucedió directamente a Martín, revela con claridad su fuerza espiritual y merece quedar registrado, para que todos estén en guardia si alguna vez se presenta un caso parecido.

🎙️ Contexto del narrador: los viejos dioses romanos y la frase más audaz de san Martín

Este capítulo contiene dos momentos llamativos de la espiritualidad del siglo IV:

1. **Júpiter, Mercurio, Venus y Minerva:** Para los cristianos de la Antigüedad, los dioses del panteón romano no eran simples figuras poéticas de la mitología; se los veía como fuerzas espirituales engañosas que usaban esas máscaras para tentar a la gente: Júpiter mediante la ambición de poder, Mercurio mediante la astucia y el dinero, Venus mediante la seducción y Minerva mediante la vanidad intelectual.

2. **Prometer el perdón al mismo Satanás:** En tiempos de Martín había círculos muy rígidos dentro de la Iglesia que sostenían que quien cometía un pecado grave después de ser bautizado ya nunca podía ser perdonado. Martín no solo acoge con los brazos abiertos en el monasterio a hombres con un pasado difícil, sino que llega a decirle al mismo Diablo que ¡hasta él sería perdonado por Cristo si se arrepintiera! Era una afirmación tan audaz de la misericordia infinita de Dios (cercana al pensamiento del teólogo Orígenes) que Sulpicio Severo siente la necesidad de añadir enseguida una prudente salvedad para sus lectores más ortodoxos: *«Aun sin tener autoridad para garantizar semejante promesa, Martín mostró en esas palabras la inmensidad de su corazón»*.

CAPÍTULO XXIII

La historia de Claro, el falso profeta Anatolio y la túnica que se desvaneció en el aire

Había un joven de familia muy distinguida llamado Claro —que más tarde fue ordenado sacerdote y hoy descansa en la paz de Dios tras una muerte santa— que lo había dejado todo para irse a vivir cerca de Martín, y que alcanzó rápidamente una fe profunda y una vida ejemplar. Claro había construido un pequeño eremitorio cerca del monasterio del

obispo, donde ya vivían con él varios monjes. Un día llamó a su puerta un joven llamado Anatolio: decía que era monje, se hacía pasar por la persona más humilde e inocente del mundo, y acabó quedándose a vivir allí en comunidad con los demás.

Al cabo de un tiempo, empezó a contar a sus compañeros que recibía visitas regulares de ángeles que venían a conversar con él. Como nadie se lo creía, encontró la manera de impresionar a varios monjes con una serie de fenómenos extraños. Al poco tiempo ya declaraba abiertamente que los ángeles iban y venían sin cesar con mensajes entre él y Dios, y exigía que lo trataran como a un verdadero profeta. Claro, sin embargo, nunca se dejó engañar. Furioso por no poder convencerlo, Anatolio empezó a amenazarlo con la ira de Dios y con castigos inminentes por dudar de la palabra de un santo.

Finalmente, un día salió con este solemne anuncio: «¡Sepan que esta noche el Señor me va a enviar del Cielo una túnica blanca! ¡Mañana caminaré entre ustedes vestido con ella, y ahí tendrán la prueba de que llevo dentro de mí el poder de Dios, vestido con una prenda que viene de las manos de Dios mismo!».

Ni que decir tiene que toda la comunidad estaba muy alborotada, a la espera de lo que iba a pasar. Pues bien, hacia la medianoche, el monasterio entero pareció temblar hasta los cimientos, como si alguien estuviera pisoteando el suelo con fuerza. De la celda de Anatolio salían repetidos destellos de luz intensa, acompañados del ruido de pasos apresurados que iban y venían y de un murmullo confuso de muchas voces. De repente se hizo el silencio; Anatolio abrió la puerta, llamó a uno de los monjes que estaban fuera, de nombre Sabacio, y le enseñó la túnica que llevaba puesta.

Boquiabierto, Sabacio corrió a despertar a los demás. El propio Claro acudió enseguida a ver qué pasaba; trajeron una lámpara encendida y todos se pusieron a examinar la prenda con detalle. La tela era

extraordinariamente suave, de un blanco purísimo y ribeteada con franjas de púrpura brillante; pero por más que miraban, nadie sabía decir de qué fibra o de qué lana estaba hecha. Aun así, tanto a la vista como al tacto de los dedos, parecía sin sombra de duda una túnica de verdad.

Con prudencia, Claro pidió a los hermanos que pasaran el resto de la noche rezando para que Dios les mostrara con claridad qué había detrás de todo aquello; y así permanecieron hasta el amanecer, cantando himnos y salmos. En cuanto salió el sol, Claro tomó a Anatolio de la mano derecha, decidido a llevarlo ante Martín, completamente seguro de que ningún truco del Diablo podría engañar a los ojos del obispo. En ese instante el desdichado entró en pánico: ¡empezó a resistirse con todas sus fuerzas y a gritar que tenía órdenes expresas del Cielo de no presentarse ante Martín! Y cuando los demás monjes lo agarraron para llevarlo a la fuerza, la túnica se desvaneció en el aire en un abrir y cerrar de ojos, entre las mismas manos de quienes lo sujetaban.

¿Quién puede dudar de que también aquí se vio el poder espiritual de Martín, hasta el punto de que el Diablo ni siquiera pudo mantener su engaño en cuanto comprendió que tendría que enfrentarse a la mirada del obispo?

Contexto del narrador: la vanidad oculta y la túnica de los senadores romanos

Claro fue uno de los discípulos más queridos de Martín (moriría pocos días antes que su maestro, en noviembre del 397, y Sulpicio lo recordó con gran emoción en sus cartas). Fíjate en un detalle revelador de la túnica «celestial» de Anatolio: era *«de un blanco purísimo y ribeteada con franjas de púrpura brillante»* (*candore eximio, micanti purpura*). En la sociedad romana, la túnica blanca con franjas de púrpura (*tunica laticlavia*) era la vestimenta exclusiva de los senadores y de los altos magistrados.

> Dicho de otro modo, incluso encerrado en un monasterio pobre, el deseo reprimido de importancia de Anatolio se delató al imaginar que Dios lo vestía como a un senador romano. Y fíjate en cómo se aclara todo en Marmoutier: ni los ojos ni las manos de los monjes, a la luz de la lámpara, consiguieron descubrir la ilusión, ¡pero la sola perspectiva de enfrentarse a la mirada serena y limpia de Martín bastó para que toda la función se viniera abajo!

CAPÍTULO XXIV

Los falsos Cristos en Hispania y el Diablo vestido de emperador: «No reconoceré a Cristo sin las marcas de la Cruz»

Precisamente, se supo que por aquellos mismos años apareció en Hispania un joven que, después de ganar fama entre el pueblo con diversos prodigios, se hinchó tanto de vanidad que empezó diciendo que era el profeta Elías. Como mucha gente lo creyó sin hacer preguntas, dio un paso más y se puso a declarar que era el mismo Cristo, y engañó a tantos que hasta un obispo llamado Rufo se arrodilló para adorarlo como si fuera el Señor, un escándalo que más tarde le costó el cargo de obispo. Varios hermanos nos contaron también que, exactamente en la misma época, había surgido en Oriente otro hombre que afirmaba ser san Juan. Al ver aparecer por todas partes falsos profetas de este tipo, se entiende bien que la venida del Anticristo no puede estar lejos, y que ya está preparando el terreno por medio de estos personajes.

Pero no puedo dejar de contar aquí con qué sutileza intentó el Diablo engañar al propio Martín más o menos por aquel mismo tiempo. Un día, mientras Martín rezaba solo en su celda, apareció, de pie ante él, una figura bañada y rodeada por un resplandor de luz púrpura, pensada hasta el último detalle para deslumbrar con aquel falso brillo a quien la

mirara. Llevaba un manto imperial, en la cabeza una corona de oro con piedras preciosas incrustadas, en los pies un calzado recubierto de oro, y tenía un aire tan sereno y una sonrisa tan radiante que parecía cualquier cosa menos el Diablo.

Al encontrarse cara a cara con aquella aparición deslumbrante, Martín se quedó al principio sin reaccionar, y durante un buen rato nadie dijo una palabra. Al final fue el Diablo quien rompió el silencio: «¡Reconoce, Martín, a quien tienes aquí delante! Soy Cristo: como estoy a punto de bajar a la tierra, he querido aparecerme primero a ti».

Martín siguió callado, sin responderle nada. El Diablo volvió entonces a la carga, con más atrevimiento todavía: «Martín, ¿por qué dudas en creer, cuando me estás viendo con tus propios ojos? ¡Soy Cristo!».

En ese momento, iluminado interiormente por el Espíritu Santo para comprender que tenía delante al Diablo y no al Señor, Martín le respondió: «El Señor Jesús nunca dijo que volvería vestido de púrpura y con una corona real en la cabeza. ¡Jamás creeré que Cristo ha venido si no lo veo con el aspecto y los rasgos con que sufrió en la Pasión, llevando en su cuerpo las marcas de la Cruz!».



En la penumbra de su celda, ante el Diablo envuelto en luz púrpura, con manto real, calzado de oro y una corona de piedras preciosas, Martín responde: «¡Jamás creeré que Cristo ha venido si no lo veo con el aspecto con que sufrió en la Pasión, llevando en su cuerpo las marcas de la Cruz!».

Apenas oyó estas palabras, la figura se deshizo en un segundo como el humo, dejando la celda llena de un hedor tan nauseabundo que no quedó la menor duda de que era realmente el Diablo. Y para que nadie piense que esto es una leyenda inventada, digo desde ya que esta historia, tal como acabo de contarla, la oí de labios del propio Martín.

🎙️ Contexto del narrador: el punto culminante del libro, contra un Cristo vestido de emperador

Para muchos historiadores y pensadores, este capítulo XXIV —contado directamente por Martín a Sulpicio Severo— es la página más profunda y actual de toda la biografía.

Fíjate primero en la mención de **Hispania** (la actual península ibérica): a finales del siglo IV reinaba en las provincias ibéricas un intenso ambiente de fin del mundo, hasta el punto de que un obispo local llamado Rufo se dejó arrastrar por un charlatán que afirmaba ser Cristo.

Pero fíjate sobre todo en **la ropa que elige el Diablo para hacerse pasar por Jesús**: un manto de púrpura (*vestis regia*), una diadema de oro y piedras preciosas (*diadema*) y un calzado cubierto de oro (*calcei auro illiti*). Pieza por pieza, ¡era el traje ceremonial de los emperadores romanos del siglo IV! A medida que el Imperio se hacía oficialmente cristiano, muchos obispos acostumbrados a los palacios empezaban a imaginar a Cristo como un monarca imperial, todo oro y triunfo terrenal. La respuesta de Martín atraviesa los siglos como un relámpago: un Cristo lleno de lujo y de poder, apartado de los que sufren y sin las heridas de la Cruz, es una falsificación. Para Martín, el verdadero rostro de Cristo sigue siendo el del pobre aterido de frío al que dio la mitad de su capa a las puertas de Amiens.

CAPÍTULO XXV

La visita del autor a san Martín: el obispo que le lavó los pies a su biógrafo

En efecto, hacía mucho que yo oía hablar de la fe de Martín, de su modo de vida y de su fuerza interior, y llevaba dentro un deseo inmenso de conocerlo en persona; así que me puse en camino con enorme alegría, en un viaje hecho expresamente para visitarlo. Y como ya acariciaba el deseo de escribir su biografía, aproveché para preguntarle directamente por algunas de estas cosas —hasta donde su modestia me dejó preguntar — y recogí el resto de quienes habían presenciado los episodios o los conocían de primera mano.

¡Apenas podrías creer la humildad y el afecto con que me recibió en aquella ocasión! Estaba sinceramente conmovido y lleno de alegría en el Señor al ver que lo estimábamos tanto que nos habíamos puesto en camino a propósito solo para verlo. Pobre pecador que soy —¡casi me da vergüenza contarlo!—, después de hacernos el honor de invitarnos a comer a su mesa, fue él mismo quien me echó agua en las manos antes

de la comida; y, al caer la tarde, ¡él mismo se arrodilló para lavarnos los pies! Ni siquiera tuve valor para negarme o para impedírselo: se dejaba sentir en él una autoridad moral tan grande que desobedecerle me parecía casi una falta grave.



Al final de la tarde en Marmoutier, el anciano obispo Martín se arrodilla en el suelo de piedra para lavar con sus propias manos los pies, cansados del viaje, de su biógrafo y amigo Sulpicio Severo.

En todas las conversaciones que tuvo con nosotros nos habló de una sola cosa: de lo necesario que era soltar las ilusiones del mundo y las cargas de esta vida para seguir al Señor Jesús con las manos libres y el corazón ligero. Y nos ponía una y otra vez, como el mejor ejemplo vivo de nuestros días, al gran Paulino —del que hablé hace poco—, que había vendido fincas sin fin para seguir a Cristo y había sido casi el único hombre de nuestra generación en cumplir al pie de la letra todo lo que pide el Evangelio. ¡A él debíamos mirar, insistía Martín, su camino era el que debíamos seguir! Decía que nuestra época tenía la enorme fortuna de contar con una prueba viviente de tal fe y tal valentía: al venderlo todo para darlo a los pobres como Jesús había pedido, un

hombre inmensamente rico como Paulino había demostrado en la práctica que era posible hacer lo que todos creían imposible.

¡Y qué firmeza, qué nobleza había en las palabras y en la conversación de Martín! ¡Qué lucidez tan impresionante, qué agilidad y qué claridad tenía para explicar los pasajes más difíciles de la Biblia! Como sé que mucha gente es escéptica en este punto —yo mismo he visto a algunos torcer el gesto incluso cuando era yo quien se lo contaba—, juro ante Jesús y por la fe que compartimos que nunca en mi vida he oído de labios de nadie tanta sabiduría, tanta inteligencia ni un lenguaje tan claro y tan puro. Es verdad que, al lado de la grandeza moral de Martín, elogiar su manera de hablar parece poca cosa; pero no deja de ser asombroso que a un hombre que nunca asistió a las grandes escuelas no le faltara ni siquiera ese don.

Contexto del narrador: cuando la visita le cambia la vida al escritor

¡En este capítulo, el propio **Sulpicio Severo** entra en la historia en primera persona! Entre el **394 y el 396 d. C.**, Sulpicio —por entonces un joven viudo de una familia muy rica de Aquitania, formado en Derecho y Oratoria en Burdeos— viajó a Tours para conocer al viejo obispo Martín (que para entonces tendría unos 60 u 80 años).

Para un aristócrata romano, llegar de viaje y ver al dueño de la casa —y además un obispo venerado— arrodillarse en el suelo para quitarle el polvo de las sandalias y lavarle los pies (¡un servicio reservado a los esclavos más humildes!) fue una sacudida interior que le cambió la vida para siempre: de vuelta en casa, también Sulpicio dejó su carrera pública para fundar una comunidad religiosa en su finca de Primuliacum.

Fíjate también en la apasionada defensa que hace Sulpicio de la inteligencia de Martín: los obispos elitistas de la Galia lo miraban por encima del hombro por ser un *homo illiteratus*, un «hombre sin letras», es decir, un antiguo soldado criado en los cuarteles que no había estudiado retórica clásica en las grandes escuelas romanas. Sulpicio, que fue uno de los escritores más brillantes de su tiempo, se empeña en jurar a sus lectores que nunca había

> oído a nadie expresarse con tanta claridad, pureza de lenguaje y profundidad como aquel viejo soldado.

CAPÍTULO XXVI

El retrato interior: el yunque del herrero y su paciencia con sus propios sacerdotes

Este libro se acerca a su fin y es hora de concluir, no porque no quede nada más que contar sobre Martín, sino porque yo mismo, como esos malos poetas que se quedan sin aliento en el tramo final de su obra, me siento aplastado por la grandeza del tema.

Porque si los episodios visibles de su vida todavía pueden ponerse en palabras, mejor o peor, cuando se trata de su vida interior, de su silenciosa rutina diaria y de aquel corazón permanentemente unido a Dios, lo digo con toda franqueza: no hay palabras humanas que basten para describirlos. Aquella constancia serena y equilibrada en sus ayunos, aquella resistencia en las noches pasadas en vela rezando como si fuera de día, sin desperdiciar jamás un solo minuto lejos del servicio de Dios, sin caer nunca en la ociosidad ni perderse en asuntos mundanos, comiendo y durmiendo solo lo mínimo indispensable para que el cuerpo se mantuviera en pie: confieso sin exagerar que ni el mismísimo Homero, como suele decirse, si volviera del mundo de los muertos, podría retratar todo esto como se merece; hasta tal punto la vida de Martín supera lo que cabe en un libro.

No pasaba una sola hora, ni un breve momento, sin que estuviera en oración o inmerso en la lectura; es más, incluso cuando leía o tenía entre manos alguna otra tarea, nunca desconectaba el corazón de la oración. Recordaba el gesto habitual de los herreros que, mientras dan forma al hierro al rojo vivo, de vez en cuando dan un golpe ligero sobre el yunque

vacío para descansar el brazo sin perder el ritmo: así también Martín, incluso cuando parecía ocupado en otros asuntos, seguía rezando por dentro todo el tiempo.

¡Qué hombre tan extraordinario y luminoso, incapaz de fingimiento o de malicia! Nunca condenó a nadie, nunca devolvió mal por mal a quienes le hacían daño. Había adquirido una paciencia tan grande ante los insultos que, aunque era el obispo de la diócesis, hasta los clérigos de menor rango lo trataban a menudo con falta de respeto y no les pasaba nada: jamás por ese motivo apartó a ninguno de su puesto ni dejó de tratarlo con todo cariño.

> **Contexto del narrador: el compás del yunque y los insultos dentro de su propia iglesia**
>
> Este capítulo nos deja una de las imágenes más hermosas de la literatura antigua: el **yunque del herrero** (*incus fabrorum*). En las antiguas fraguas (¡y todavía en los talleres tradicionales hasta hace muy poco!), mientras el herrero giraba con las tenazas la pieza de hierro en el fuego, dejaba que el martillo diera un golpecito suelto y rítmico directamente sobre el hierro del yunque para no romper la cadencia del brazo. Para Sulpicio, rezar no era en Martín una tarea aparte: era el latido constante del corazón en medio de la vida entera.
>
> ¿Y quiénes eran esos «clérigos de menor rango» (*infimi clerici*) que insultaban a Martín dentro de la misma diócesis de Tours sin que él los castigara? El caso más famoso (contado más tarde por Sulpicio en sus *Diálogos*) fue el de un joven sacerdote llamado **Bricio** (*Brice*), que se burlaba en voz alta de las visiones y de la pobre ropa de Martín. Cuando los monjes, indignados, le pidieron al obispo que lo echara, Martín solo respondió: *«Si Cristo soportó a Judas, ¿por qué no voy a soportar yo a Bricio?»*; y añadió que un día Bricio se arrepentiría y lo sucedería como obispo de Tours, ¡cosa que en efecto ocurrió en el 397!

CAPÍTULO XXVII

Conclusión: un rostro luminoso y la respuesta a los obispos envidiosos

Nadie vio jamás a Martín perder los estribos, nadie lo vio jamás fuera de sí, abatido por la tristeza o desternillándose de risa: era siempre el mismo hombre sereno, con una alegría tan luminosa impresa en el rostro que parecía vivir ya más allá de la condición humana. En sus labios solo estaba el nombre de Cristo; en su corazón no había sitio más que para la bondad, la paz y la compasión. A menudo incluso lloraba por los pecados de quienes decían de él las cosas más viles a sus espaldas y que, mientras él vivía tranquilo en su rincón sin hacer daño a nadie, lo mordían con lenguas venenosas de víbora.

Lo cierto es que nosotros mismos llegamos a conocer a algunos de esos hombres llenos de envidia por su vida y su integridad: gente que detestaba ver en Martín las cualidades que ellos no tenían ni se atrevían a imitar. Y lo más triste y vergonzoso —¡duele hasta escribirlo!— es que esos pocos perseguidores eran casi todos obispos. Pero no tiene sentido dar aquí sus nombres, por mucho que anden ladrando a nuestro alrededor: basta y sobra con que, si alguno de ellos lee estas páginas y se da por aludido, se llene de vergüenza; porque si se pone a gritar y monta en cólera, estará confesando él solito que era de él de quien hablábamos, ¡cuando a lo mejor en realidad pensábamos en otros!

Por lo demás, si hay gente de esa clase que llega a odiarnos también a nosotros por defender a un hombre como Martín, aceptamos esa hostilidad como un honor. Estoy absolutamente seguro de que este librito dará alegría a todas las personas buenas y de fe sincera. En cuanto a los demás, si alguien lee estas páginas con mala voluntad e incredulidad, que se las arregle con su propia conciencia. Por mi parte, tengo la conciencia muy tranquila: escribí este libro movido únicamente

por la certeza de lo que averigüé y por amor a Cristo, relaté hechos bien comprobados y dije la verdad. Y espero de todo corazón que Dios tenga reservada una recompensa no solo para quienes lean esta historia, sino sobre todo para quienes se dejen tocar por ella y crean.

> 🎙️ **Contexto del narrador: un libro escrito para defender a un hombre que seguía vivo**
>
> Hemos llegado a la última línea de la obra de Sulpicio Severo, y aquí hay un dato extraordinario: cuando Sulpicio deja la pluma al final de este capítulo XXVII, en los primeros meses del año **397**, **¡san Martín todavía estaba vivo!**
>
> Por eso estos capítulos finales hablan de él en presente: el libro nació como una defensa apasionada de Martín frente a los obispos mundanos de la Galia que lo despreciaban en los pasillos del poder. Fíjate en la fina ironía de la estocada final, digna de un gran abogado de tribunales: Sulpicio no escribe el nombre de ningún obispo envidioso para que, si alguno de ellos protesta en público al leer el libro, ¡acabe dándose por aludido delante de todo el mundo!

EPÍLOGO DEL NARRADOR

Lo que pasó después: la muerte de san Martín y el origen del 11 de noviembre

¿Por qué el libro de Sulpicio Severo termina sin contar la muerte de san Martín? Por la razón más sencilla de todas: cuando el manuscrito quedó terminado y salió rumbo a la casa de Desiderio, en la primavera o el verano del 397, Martín seguía recorriendo los caminos de la Galia.

El final de su viaje, sin embargo, estaba a la vuelta de la esquina, y fue el propio Sulpicio Severo quien lo contó poco después en tres cartas inolvidables (las *Cartas a Eusebio, al diácono Aurelio y a su suegra Básula*).

A finales de octubre o en los primeros días de noviembre de ese mismo año **397**, ya muy desgastado por los años, Martín se enteró de que los sacerdotes de la parroquia de **Candes** (hoy *Candes-Saint-Martin*, donde el río Vienne desemboca en el Loira) estaban enfrentados entre sí. Fiel a su principio de no dejar nunca un conflicto sin sanar, se puso en camino de inmediato para reconciliarlos.

Después de lograr que el clero de Candes hiciera las paces, cuando se disponía a volver a su querido monasterio de Marmoutier, sintió de pronto que le fallaban las fuerzas, abatido por una fiebre altísima. Sus discípulos se reunieron alrededor de su jergón bañados en lágrimas: *«Padre, ¿por qué nos dejas? ¿A quién nos confías, huérfanos como vamos a quedar? ¡Lobos rapaces se lanzarán sobre tu rebaño!»*. Dividido entre el deseo de partir por fin hacia Dios y la pena de dejar desprotegidos a sus monjes, Martín pronunció entonces una de las frases más famosas de su vida: **«Señor, si todavía soy necesario para tu pueblo, no rehúso el trabajo (*non recuso laborem*); hágase tu voluntad».**

En los últimos días de la fiebre, ni siquiera permitió que le pusieran un simple colchón de paja debajo del cuerpo: se empeñó en morir tendido boca arriba en el suelo, sobre una capa de **ceniza y una áspera túnica de penitencia**, diciendo a sus discípulos: *«Un cristiano no debe morir de otra manera que sobre la ceniza»*. Cuando los sacerdotes quisieron ponerlo un poco de lado para aliviarle los dolores del cuerpo, él les pidió: *«Déjenme, hermanos, déjenme seguir mirando al cielo y no a la tierra, para que mi espíritu se vaya acostumbrando ya al camino que va a tomar hacia el Señor»*. En sus últimos instantes, al notar la presencia del Diablo de pie a su lado, se enfrentó a él por última vez: *«¿Qué haces aquí, bestia cruel? No encontrarás en mí nada tuyo, maldito: ¡voy a ser acogido en el seno de Abraham!»*. Y así partió en paz, el **8 de noviembre del 397**.

El cuerpo fue llevado en barca río Loira arriba hasta la ciudad de **Tours**, acompañado por una multitud como nunca se había visto: Sulpicio nos cuenta que solo los monjes eran cerca de dos mil, además de incontables mujeres consagradas y de la población entera de las ciudades y aldeas, que caminaba por las orillas cantando salmos al paso de la barca.



Una mañana de noviembre del 397 en el río Loira: la barca que lleva el cuerpo de san Martín de Candes a Tours va acompañada en ambas orillas por miles de monjes y vecinos con antorchas en la mano, bajo la luz dorada del «veranillo de San Martín».

El entierro solemne en Tours tuvo lugar tres días después, el **11 de noviembre del 397**. Fue exactamente esa fecha —el día en que el cuerpo de Martín fue depositado en la tierra a las puertas del invierno europeo, en la época en que terminaban las labores del campo, se probaba el vino nuevo en las bodegas y se asaban las castañas de la temporada— la que quedó grabada para siempre en la memoria de toda Europa como el **día de San Martín**.

Sobre esta edición digital ilustrada

Esta edición en español contemporáneo presenta, completa y de forma fluida y accesible, la obra latina original de **Sulpicio Severo**, *De vita beati Martini* (*Patrologia Latina*, vol. 20, ed. J. P. Migne, 1845 / Wikisource).

Además de la versión contemporánea de los 27 capítulos y de la Carta dedicatoria a Desiderio, el libro incluye 14 ilustraciones (un mapa histórico y 13 pinturas históricas) y las notas del narrador sobre el contexto histórico, social, geográfico y espiritual de finales del siglo IV.

Esta traducción al español se hizo a partir de la edición inglesa, *The Life of Saint Martin*, preparada a su vez a partir de la edición contemporánea en portugués *A Vida de São Martinho*, y se publica bajo la misma licencia.

Licencia del texto fuente de Wikisource: Creative Commons Atribución-CompartirIgual 3.0 Unported / GNU FDL.